

196 La Antena Visual

# La Cruz del Sur

N.º

31



CARLOS REYLES

GRAB. POR DONATO BUSTAMÁ

NÚMERO DE HOMENAJE A  
CARLOS REYLES

M O N T E V I D E O



# La Caja Nacional de Ahorro Postal

propicia con su prédica constante en favor de la difusión del ahorro, un mejoramiento en las costumbres de nuestro pueblo que se traducirá en bienestar para los hogares y en adelanto para - - - - la sociedad - - - -

CONTRIBUYA A LA OBRA QUE POR EL  
PORVENIR DE LA REPUBLICA REALIZA

## La Caja Nacional de Ahorro Postal

(LEY DE 26 DE FEBRERO DE 1919)

EFECTUANDO SUS DEPOSITOS EN ESTA INSTITUCION DEL ESTADO

Con la Inembargabilidad de los depósitos.-- La garantía del Estado y el interés del 6 % hasta \$ 2.500.<sup>00</sup>

OFICINA CENTRAL:

Calle MISIONES, 1366

EL MEJOR REGALO:

# Una Póliza de Seguro de Vida

PIDA INFORMES:

"SECCION VIDA"

Rincón 449

**BANCO DE SEGUROS DEL ESTADO**



■  
**La Librería**

**mas grande**

**y mejor surtida**

**de**

**Sud - América**  
■

RADIO  
*Clarion Jr.*

—  
SE RECOMIENDA  
POR SI MISMA  
—



**Casa PARADIZABAL**  
**ANDES 1395**  
**Esq. COLONIA**

# La Cruz del Sur

Revista de Arte y Letras

Alfredo Vila  
Editor

Dirigió este número

Alberto Laspláces

## SUMARIO



Estudio sobre Carlos Reyles Por Alvaro Guillot Muñoz . . . . .	Págs. 4 a 21
Dos homenajes a Carlos Reyles . . . . .	" 22 " 30
A Carlos Reyles Por María Elena Muñoz . . . . .	" 31
Las obras inéditas de Carlos Reyles Por Gervasio Guillot Muñoz . . . . .	" 32
Una cátedra de conferencias para Carlos Reyles Por Eugenio Petit Muñoz . . . . .	" 33
Bibliografía . . . . .	" 34 " 35

### PARTE GRÁFICA

CARATULA: Retrato de C. REYLES por IGNACIO ZULOAGA  
CARLOS REYLES, busto por GERVASIO FUREST MUÑOZ

AÑO V

N.º 31

Dirección y Administración: Carrito 688

ABRIL - MAYO 1931

MONTEVIDEO



# ESTUDIO SOBRE CARLOS REYLES

*Esta conferencia fué pronunciada por su autor el 12 de Setiembre de 1939, en el Salón de Actos Públicos de la Universidad, y transmitida el 30 de Octubre del mismo año por la C. X. 6 Estación Oficial de difusión radioléctrica (Palacio Legislativo).*

Carlos Reyles determina en quienes se enfrentan con él, la certeza de estar ante un espíritu en acción, ante una conciencia dueña de sí, ante una voluntad que no conoce quiebras.

La mirada tajante como hoja toledana, la osatura y los rasgos de romano, de César que desdeña el latido del funcionario y la púrpura del Imperator, la elevación castellana de la ceja derecha, la altivez caballeresca, la firmeza viril de los labios apenas hllvanados, el modelado de su cráneo latino, todo en Reyles revela volición y carácter, envergadura y valentía, numen y creación.

Así se presenta hoy, como se mostró antes, como se perfila siempre; así lo estampó Zuloaga en un magistral retrato de cuerpo entero en el que el artista vasco, gran amigo de nuestro novelador, además de haber realizado la proeza de pintarlo de frac sin caer en el figurín, fijó el parecido exterior, la psicología y la vida honda del gran señor de la vida.

Todo Reyles está en ese retrato: la expresión de su coraje desvañado, de su gallardía de una pleza, de su fineza sostenida, de su "machismo" aventurero, de su porte fotogénico. Toda la tela muestra sin recelo, la prestancia, la audacia, la sabiduría y la arrogancia garbosa del modelo. La agilidad y la fuerza le andan debajo de los pliegues del frac y le saltan del gesto; el espíritu le relampaguea en los ojos y le aprieta más los labios; todo el retrato respira imperativo de hombre, potencia anímica y autoridad esencial. Zuloaga ha sabido encontrar y estampar el duende que Carlos Reyles lleva metido adentro y que lo lanza a la aventura y la creación.

Elémir Bourges, el shakespeareano adversario del naturalismo, admirador del retrato que Zuloaga hizo de Reyles, exclamó ante el lenzo, después de diez minutos de minucioso examen: "L'Epervier!". El modelo tiene, en verdad, la serenidad alerta del gavilán, cierto empaque de ave solitaria que mira el espec-

táculo del mundo desde una altura dominadora. Pero no es ese retrato el único que muestra la étnica latinidad del pensador; esa raza se evidencia también en la bizarría castiza de los bustos que los escultores Lagos, en Buenos Aires y Purrest Muñoz, en Montevideo, han hecho de Reyles después de haber sentido ante este modelo toda la entereza de un temperamento poderoso, abierto a todas las búsquedas del espíritu.

Pequeño de estatura, pálido y magro, liviano y musculoso, Carlos Reyles tiene cierto parecido exterior con Amado Nervo y con aquel gonfalonero florentino del siglo XIV, Niccolo da Uzzano, que inmortalizó Donatello, después de la guerra de los Médicis, en un busto policromado, íntegro de vida interior.

El rostro enjuto y el ademán displaciente dan a Reyles, según lo expresó Guillermo de Torre, "el aspecto del gran señor cordobés, del primer espada retirado, del caballero andaluz de pura cepa que mira la vida en perspectiva".

La conversación de Reyles, de ese devoto del dandismo integral, de ese civilizado de gran especie, es una "mezcla dichosa de inteligencia y de sensibilidad" que le sirve para realzar los edificantes relatos de su multiforme existencia.

• • •  
Cruza seleccionada de Irlandés y de español, caso visible de eugenesia, Carlos Reyles aúna las calidades étnicas y psíquicas de sus antepasados en forma equilibradísima; de ahí su ardor meridional manejado por una severidad inflexible que le da, en muchos casos, apariencia flemática o exterior indiferente, pero la sangre de Reyles sabe entrar en ebullición cuando la dignidad o la hombría lo exigen, y entonces se puede medir la eficacia con que defiende su integridad, para lo que despliega una impetuosidad capaz de aniquilar a cualquier adversario.

• • •  
Reyles nació en Montevideo el año 68. Pasó casi toda su infancia en las inmediaciones del Río Negro y fué siempre un gustador de la vida de campo.

En plena infancia, y a pesar suyo, pasó súbitamente de la luz y la libertad de

la estancia paterna a la disciplina y el encierro sombrío del internado montevideano.

Cambio de decoración e inmersión en un ambiente gris, regido por dosificaciones de estudios escalonados. Reyles acumuló experiencias y si se mostró reacto a todas las sujeciones de programas y métodos, fué únicamente por espíritu de emancipación.

En aquel colegio Hispanouruguayo, en el que pasó siete años, la convivencia con los condiscípulos semibárbaros venidos de campaña, le sirvió para definir su voluntad y ahondar precoces comprobaciones sobre la rudeza de la vida y la "tragedia biológica", núcleo central de la ideología de *La Muerte del Cisne*.

Las observaciones sobre el mundo vital y físico que Reyles hizo desde la niñez, germinaron, años más tarde, llegando el futuro defensor de los impulsos cósmicos a conclusiones análogas a las del tenebroso Heráclito, Hobbes, Mandeville y Nietzsche.

El colegial meditativo se nutría a diario de lecturas literarias y filosóficas que produjeron el asombro del enfático D. Baltasar Montero y Bidaurreta, director de aquel establecimiento docente, en el que Reyles terminó su infancia e inició su adolescencia.

Esta se presentó bravia y aventurera. Un ímpetu brioso llevó al futuro novelador a gustar los goces del atletismo, los riesgos del redondel y los triunfos de la pedana.

A la muerte del filántropo D. Carlos Reyles, padre del artista y patriarca de la campaña, el hijo quedó dueño, a los diez y ocho años, de una gran fortuna y obtuvo, además, la mayoría de edad.

Europa le brindó su cultura ancestral y lo atrajo, no para anegarlo en su hormigueo vertiginoso sino para ensancharle su personalidad polifacética.

Hay que señalar en la formación cultural y espiritual de Reyles, la influencia que en él ejercieron tres amplios precursores de los movimientos nunistas de la literatura de habla castellana: Quevedo, Góngora y aquel Rector del Colegio de Jesuitas de Tarragona, el profundo Padre Gracián.

En el último año de pupillage evidenció Reyles, en todo momento, su capacidad de comentarista, su perfilado buen

gusto, su fino deleite por las lecturas de los clásicos, sus penetrantes disquisiciones sobre los más salientes ingenios del siglo de oro, su íntima comprensión del Romancero y de la novela Picaresca, su emoción estética ante los místicos, sobre todo ante Fray Luis, San Juan de la Cruz y la Doctora de Avila.

A los diez y siete años de edad, habiendo cursado casi todo el bachillerato, desdeñoso de títulos universitarios y patentes profesionales, egresó Reyles del Hispanouruguayo. Precoz y dotado de buen bagaje de cultura, fué en lo sucesivo, en cierto modo, un seguro autodidacta que se enfrentó con la vida y luchó contra ella solo y alroso.

Reyles gobierna las manifestaciones complejas de la vida y consolida la unidad esencial en su intimidad lúcida y creadora. Conoce el manejo de vías para apoderarse del trasplano del mundo y para realizar un máximo de observaciones difíciles sobre lo vivo y al aire libre. Domina la escala de inasibles torbellinos de matices que pululan dentro de su espíritu siempre tenso y en orden, vibrante y erguido, abierto a todas las perspectivas del día y de la noche. De ahí, el superior acuerdo entre sus ideas, sus palabras, sus gestos y sus actos.

Reyles es una fuerza actuante, una conciencia de vencedor, un hombre de carne y hueso que ha sabido palpar las formas de la tierra, dominar la resistencia del vegetal, cazar los paisajes más recios que el sol despierta en la sierra o enciende en la Pampa.

La fuerza actuante lo lleva a la captación espacial, al encuentro de sí mismo, y por ahí a la creación.

A pocos hombres puede aplicarse la expresión de "polifacético" con tanta verdad, como a Carlos Reyles.

Sólo no conociendo al novelador cabría suponer que su diversidad de aspectos, su "polifaceticismo" puedan tener alguna semejanza con las falsas elegancias de un Alcibíades. En las praderas de las Serpes o en Piccadilly, en la Puerta del Sol o en su palacete de la avenida de Villiers, en la rambla de los Ingleses de Niza o en su retiro de Château Guiton, Reyles es siempre el mismo personaje inconfundible que supo templar su voluntad defendiendo su rebeldía en pugilatos de colegial brioso y atleta, empeñado luego en probar la bravura de las reses a



rebencazos en medio del campo, en derribar los novillos acosados, en jinetear redomones o baguales, o en hacer quiebros y dar capotazos o estocadas en el redondel. Y la voluntad de Carlos Reyles se templó también en su tesonera lucha de hacendado en la que tuvo que soportar, además de las inclemencias de la naturaleza y de las crisis económicas, los asaltos armados de las partidas revolucionarias que saqueaban las estancias durante las guerras civiles.



Montaigne, a pesar de su escepticismo universal, sintió la necesidad de la confianza publicando luego sus dudas y las aventuras de su espíritu; el descarado inconsciente de Casanova movió al epicúreo veneciano a relatar un sabroso y variadísimo anecdotario autobiográfico en el que la rectitud moral duerme casi siempre detrás del horizonte; el misticismo enraizado llevó a San Agustín a narrar sus caídas, debilidades y serios pecados con una sinceridad fervorosa; la angustia empujó a Juan Jacobo a mostrarse "de frente y de perfil", es decir, como sujeto turbio y semitarado y como sensitivo desbordante; Diderot expuso a la posteridad todas las faces de su efervescencia vital; el anhelo de comunicación indujo a Renán a escribir sus "Recuerdos de Infancia y de Juventud"; la necesidad confesional determinó a Byron, Lamartine, Musset, Baudelaire y Verlainé a derramar relatos confidenciales maduros de vida y de sufrimiento; Pierre Louys, para no olvidar su pasado, escribió casi cotidianamente su "Diario Inédito"; el snobismo satánico llevó a Jean Lorrain a exponer su vida artificial y atormentada, en la que cabe, a veces, cierta grandeza estética; Amiel supo exteriorizar su capacidad psicológica con su conmovedor "Diario Intimo".

Si en su autobiografía que tiene ya esbozada y que titulará "Cogito Ergo Sum", Reyles, despojado de escrúpulos inhibitorios, narra todo sin regateos ni velos, la riqueza vital del poeta de "El Embrujo de Sevilla", quedará cabalmente expresada. Será este, un libro que, por la complejidad y el nivel de las aventuras en él referidas, estará destinado a enriquecer los anales de la mundología.

Pero en vez de narrar las aventuras de su vivir airado y las reconditeces de su yo, Reyles ha preferido hasta ahora concretar sus convicciones sobre la fi-

losofía del impulso, explicar la necesidad de la humana ilusión o crear tipos psicológicos que entrañen lo genuinamente medular de las razas. Así, en vez del autoanálisis ético o introspectivo, Reyles se ha dedicado a descubrir y puntualizar la idiosincrasia y la moral viva de un pueblo fervoroso.

Una autobiografía completa escrita por el vivificador de ese Mammón nivelador justiciero de las riquezas del mundo, por el solitario de Lobería, por el amigo de Rodó, Larreta, Güiraldes, Zuloaga y Gasset, por ese explorador estremecido de horizontes, de cielos y de hombres, por el gran propulsor de la cría pecuaria en el Plata, sería la enseñanza saludable de una vida orientada hacia la belleza contemplativa y creadora, hacia el refinamiento viril, hacia la acción eficaz, donde no se registra ninguna flaqueza moral.

Reyles es en bloque y en detalle un magnífico personaje de novela cuya vida multiforme es de las que merecen ser comprendidas y tratadas por hombres del linaje de Maurois, capaces de asir la esencia íntima del artista que estudian y de animarla en medio del cuadro complejo que corresponde.

### Iniciación literaria

#### • Por la vida •

Se inició Reyles en la literatura con la publicación de una novela breve en la que expuso con valentía la falta de escrúpulos y la velleza de la sociedad y de la familia. La tituló "Por la Vida" y ella está concebida con la audacia que da la adolescencia rebelde y la fuerza vencedora.

En esta pequeña obra, en la que se advierte la inseguridad del principiante de diez y nueve años, se destaca la figura de Damián Casariego, muchacho desdeñoso y de fortuna, huérfano de madre y pupilo en un colegio montevideano. Con perseverancia lucha contra la codicia de los parientes solapados que tratan de despojarlo de la herencia.

El erudito crítico Lauxar, en el prolijo estudio que publicó sobre Reyles en 1918, ha señalado cierta analogía entre las ideas pesimistas desarrolladas en "Por la Vida" y las de Stendhal y Jules Vallés. Pero esto no es más que una mera coincidencia, pues cuando Carlos Reyles compuso sus dos primeras novelas, no conocía aún la literatura francesa.

"Por la Vida" estudia en qué sentido la influencia y la autoridad paternas pueden ser nocivas para el destino del hijo: cuando sofocan una vocación, un temperamento, una voluntad. (Lauzar).

Cuatro años después de publicado este ensayo de misantropía realista, el autor emprendió su primer viaje a Europa, con ánimo de perfeccionar el conocimiento de su idioma.

### Los cuentos

Instalado en Sevilla, después de una provechosa recorrida por Francia, Inglaterra y España, Reyes, atraído por el prestigio desbordante de Castelar, asistió a un banquete que el partido posibilista de aquella ciudad ofrecía al orador republicano en el teatro San Fernando. Allí conoció a Carlos M. Santigosa, periodista y político español, director del diario sevillano "El Posibilista".

El 5 de Marzo del 92, Carlos Reyes publicaba en ese periódico su primer cuento escrito en Europa y titulado "Doménico".

Se trata de un relato de amenidad sostenida, en el que palpita una escena sugerida por la imagen que conservaba Reyes de su vida de pupilo, en el colegio de Montero. Las incidencias y vicisitudes de la vida de colegio perduran siempre en el espíritu de los escritores y han llegado a formar una literatura copiosa donde se destacan los relatos provincianos de Balzac evocando sus años adolescentes en el colegio de Vendôme, y, un siglo más tarde, los de Cocteau recogidos en "Les Enfants Terribles", donde el poeta de "Plain-Chant" hace ver la efervescencia parisina del liceo Condorcet.

Reyes, alejado de su tierra, buscó en su vida de colegial, el tema de "Doménico". El asunto surgió espontáneo como una burbuja del cúmulo de recuerdos del autor.

En esta narración, Reyes estudió la psicología de un discípulo suyo, alumno mediocre que luchaba con tesón heroico por salvar las dificultades de las matemáticas y de la filosofía, donde tropezaba siempre con los arrecifes del silogismo. El cuento gustó y, algunos meses más tarde, mereció al autor una espontánea felicitación de Castelar en pleno paseo de la Castellana, en Madrid. El repúblico español detuvo especialmente su coche cuando percibió a Reyes, y con una memoria infalible recordó el primer encuentro con nuestro novelista

en el banquete del teatro San Fernando de Sevilla.

Animado por este éxito, Reyes escribió un puntualizador estudio sobre el gaucho, (tomado en su doble aspecto de haragán y trabajador) que apareció el 25 de Octubre del 92, en el periódico madrileño "La Correspondencia de España".

Cinco cuentos posteriormente publicados constituyen las últimas producciones de Reyes en ese género narrativo: "Mansilla" (Diciembre del 93), bosquejo psicológico del gaucho decidor, de espíritu sencillo que se ensombrece al sorprender los amores de su novia con un patrón de estancia. Este episodio dió origen a la novela, hoy casi terminada "El Gaucho Florido"; "La Odisea de Perucho" (Setiembre del 95) aviva la figura de un muchacho semi tarado de grandes condiciones musicales, hijo de un antiguo saltimbanqui; "Capricho de Goya" (Enero de 1902) publicado en "La Nación", cuyo desenvolvimiento dió, veinte años más tarde, "El embrujo de Sevilla"; "El Píal", publicado también en "La Nación" a fines de 1929, y cuyo contenido campero y caballeresco se aprovechará en "El Gaucho Florido"; "Una Mujer Pasó", aparecido en ese mismo diario, es el último cuento escrito por Reyes. La acción bien templada y los personajes de carácter refinado y actual serán desarrollados en "A Batallas de Amor Campo de Pluma".

La vida ruda en las estancias heredadas del padre sirvió de marco a la mayoría de las novelas de Reyes. Los problemas ganaderos, el atractivo del retiro campero, la técnica de las faenas rurales se encuentran reproducidas con deleite por el novelista, el cual ha sabido fijar lo bello, lo pintoresco, lo anecdótico —llevado al alto plano de la novela— y (por más paradójal que esto parezca) lo que podría llamarse la actitud civilizadora de la vida de estancia.

Este deleite por el campo nuestro y la fe en la producción rural se puntualizan en los relatos del establecimiento de "El Embrión", en "Beba", de "El Ombú", "Los Abrojos", "La Nueva Esperanza" y "El Bichadero" en "El Terruño".

Reyes, hurgador de situaciones dramáticas, abordó la novela criolla estudiando el gaucho, el campo y la estancia, triple aspecto del ruralismo rioplatense que se perpetúa desde la época feudal de la dominación española.

Tanto "Beba" como "El Terruño" pre-



sentan cuadros complejos del ambiente campero uruguayo, estampando sujetos y paisajes de estirpe netamente nuestra considerada en su doble aspecto plástico y psíquico.

#### **Renovación de la novela rural:**

##### **«Beba»**

En plena cabaña, en medio de estudios tesoneros tendientes a la superación de los pedigree y a la explotación de la alta ganadería, Reyles concluyó, en octubre de 1894, su novela titulada "Beba", en la que fijó definitivamente su prestigio en la república de las letras y consiguó su primer gran éxito de librería.

Un naturalismo sostenido donde cabe el ímpetu romántico de la protagonista, vivifica el relato en el que los problemas de la herencia planteados por Ibsen y Zola se aplican a asuntos criollos.

La acción gira en torno del hacendado Gustavo Rivero y de su sobrina Beba, a la cual educó y hasta moldeó desde que ella era niña: "Yo le daré del mundo —dice Rivero— una intuición ni muy vulgar y prosaica, ni muy poética y encumbrada, mezcla saludable de ambas cosas, que ilumine su cabeza disipando las nubes de temprano romanticismo que la oscurecen, sin que esto implique dejarla caer en grosero prosaísmo. Eso, eso, ni ángel ni demonio, pero ambas cosas a la vez: lo que, al fin, somos: monigotes de barro que anima una chispa de fuego divino".

Beba, hija de un amor trágico, casada con un mundano, vacío, se apasiona de Rivero y se entrega a él después de un patético naufragio en un curso de agua desbordado, donde tío y sobrina estuvieron a punto de perecer. En este trance, Gustavo Rivero, considerando la magnitud del peligro que los amenaza, y sin esperanza de salvarse, se atreve a dar rienda suelta a sus sentimientos contenidos hasta entonces por escrúpulos prolongados, y así declara su pasión a Beba. La escena es conmovedora pero despojada de sensiblerías efectistas.

El diario íntimo, llevado por la sobrina, es revelador del profundo conocimiento que tiene Reyles de la feminidad recóndita de una muchacha oprimida que escribe para dar desahogo al sufrimiento, fruto de la incompreensión de los que la rodean.

La novela refleja la experiencia del estanciero fuerte y progresista, empeña-

do en implantar la zootécnica en el país, tenaz en su lucha contra el estancamiento comodista, contra la mollicie de los demás propietarios rurales.

La presencia de Gustavo Rivero se hace cada vez más dominante, hasta intimidar a los coterráneos apegados a la cristalización de los métodos de producción de la hacienda criolla, defendidos por los Benavente y por el caudillejo Quiñones, sujeto calculador que gozaba en la comarca de fama de "avisado en los negocios", y que sabía salir alroso de sus turbias empresas porque era hombre recto que en cualquier parte que se bañaba sabía dónde dejaba la ropa.

Como todas las novelas de Reyles, "Beba" está trazada y desarrollada de acuerdo con un proceso lógico —que nada quita de lo imprevisto del desenlace— en virtud del cual los personajes, inmediatamente después de concebidos, dirigen, y lo hacen de tal modo que el autor se concreta a obedecerlos. Esto vendría a ser una especie de determinismo de la acción en literatura.

#### **Sensibilidad finisecular:**

##### **«Las Academias»**

Puesto en contacto con los grandes orientadores de la literatura que reaccionó contra el realismo y el romanticismo, Reyles, espíritu y antorcha de avanzada estética en el Plata, escribió las "Academias", que aparecieron entre 1896 y 98, en Montevideo. Se trata de tres ensayos de buído enfocamiento psicológico que constituyen tres pequeñas joyas de la narración finisecular hispanoamericana: "Primitivo", "El Extraño" y "El Sueño de Rapiña", realizaciones de modernismo duradero, cuya repercusión fué considerable y depuradora y cuyo título general de "Academias" necesita una aclaración, puesto que más de una vez se prestó a equívoco.

Nada menos académico, en el sentido retórico y oficial que las "Academias" de Reyles, las cuales se llaman de ese modo porque plantean una polémica y una enseñanza viva como las que nacen de las meditaciones de los talleres, de las academias artísticas, de esos focos de incesante renovación, de esos crisoles de perfillación doctrinaria y técnica.

En dos de estas novelas cortas, en las que se agudiza el estudio de caracteres simples y complejos, y en las que se aviva la ciencia de descubrir la pendiente

que conduce a la amoralidad, la crueldad y la vileza, Reyles echa los cimientos de sus novelas futuras, las cuales, apoyadas en la sintéticas "Academias" germinan engrandecidas, respaldadas y cavadas. Así, de "Primitivo", obra magistralmente impuesta en pocos rasgos, según Lauxar; pequeña obra maestra, según Pillement, nace "El Terruño"; de "El Extraño", la más cincelada de la serie, nace "La Raza de Caín", en cambio de "Sueño de Rapiña", único relato mítico de Reyles, no se levanta la "Metafísica del Oro" de "La Muerte del Cisne", como erróneamente se ha afirmado.

Rapiña pone en evidencia la capacidad imaginativa de Reyles, la que ha ejercido influencia en más de un poeta andino.

En la trilogía de las "Academias", tomando nuevo rumbo, Reyles se encamina hacia la solución de la novela compleja, es decir, hacia el relato donde cabe la profundidad psíquica e ideológica sin que se atenúe el interés narrativo.

"Primitivo", la primera de las "Academias", trae un prólogo que Reyles reproduce luego con ligeros agregados en "El Extraño" y que tiene el valor de un manifiesto, de un credo artístico, "Me propongo escribir bajo el título de "Academias", una serie de novelas cortas, a modo de tanteos o ensayos de arte que no sean indiferentes a los estremecimientos e inquietudes de la sensibilidad fin de siglo"... Este prólogo, fruto del deseo de modernizar la novela de lengua española, motivó una polémica literaria cuya trascendencia fué señalada en varios países de habla castellana. La eterna querrela de los "antiguos y los modernos" fenómeno humano que se observa en todas las crisis del pensamiento, en todas las evoluciones y revoluciones estéticas, políticas y sociales, tuvo otro episodio hacia 1897, a raíz de la aparición de "El extraño". El espíritu abierto del creador de las "Academias" venció, en esa época, al espíritu conservador de D. Juan Valera, viejo entonces, sin inquietudes artísticas y polemizando con el aplomo del novelista y del crítico consagrado que ha cumplido ya su misión orientadora y que ve los ensayos de modernismo como expresiones tangibles de frivolidad, de novelería y de "moda literaria salida de París".

Valera, después de hacer el elogio de "Primitivo", en "El Correo Español" de Buenos Aires, ante la obra de Reyles co-

metió el error de creer que el autor de "El Extraño" era capaz de desdeñar las obras maestras del pasado, así como la raza y la mentalidad españolas, llegando a escribir en "El Liberal" de Madrid, un artículo donde, después de reconocer méritos en Reyles y de tratarlo de "notable escritor uruguayo", aparece el siguiente párrafo: Su extravío (se refiere al autor de "El Extraño") proviene de la ya mencionada enfermedad epidémica, nacida del menosprecio con que miramos a nuestra nación o a nuestra raza, y que se nota, por fortuna, más que en España, entre los escritores hispanoamericanos. Consiste la enfermedad en cierto candoroso y desahogado entusiasmo por la última moda de París en literatura, como si en literatura estuviesen bien las modas, y como si en literatura se fuese progresando siempre, como se progresa en cirugía o en química y mecánica aplicadas a la industria".

Tal frase, aparentemente lógica, y en cierto modo aplicable a los pseudo modernistas, a los renovadores periféricos que entienden el arte con criterio de peluqueros y modistos, se torna injusta y desacertada frente al creador de "El Extraño" que acababa de aportar con las "Academias" un estremecimiento inédito a la narración castellana fin de siglo. Como réplica a los razonamientos del autor de "Pepita Jiménez", Reyles publicó bajo el título de "La Novela del Porvenir", una certera autodefensa, también en "El Liberal", de Madrid, donde además de darle un latigazo a la retórica, dice:

"Hasta cierto punto cabe negar que en "lo puramente literario y artístico no "existe progreso, o mejor aún, que el "progreso no es continuo e indefinido. "Un arte o género literario **prograsa** "mientras duran las especialísimas causas y condiciones que lo inspiran y sustentan, llega al apogeo y nace la más "bella flor; luego caen las hojas, brotan "otras nuevas y a poco el árbol viste nuevos ramos. Antes del divino Homero "cantaron muchos **sedas**, antes de Sófo-"eles nació Esquilo y antes de Shakespea-"re otros dramaturgos ingleses, de los "cuales forzosamente tenía que nacer él".

El alentador y prologuista de "Azul" de Rubén Darío, el erudito diplomático que mantuvo una controversia cortés con Campoamor, a raíz de la aparición, en 1891, de la "Metafísica y la Poesía", había perdido, al enfrentarse con Reyles, toda flexibilidad espiritual.



A Darío, Valera admite todo afrancesamiento literario porque cree que el poeta ha aportado a la lírica castellana nuevas y sutiles bellezas. Ante "El Extraño", tal vez por vejez, Valera no comprende la empresa depuradora de Reyles.

Los dos adversarios, uno de ellos con más de setenta años y el otro con solo veintiocho, defendieron con ardor sus respectivos criterios sobre el destino de la novela de entonces. La polémica entre ambos noveladores fué mal emplazada puesto que Valera, heredero de la tradición clásica, al atribuir a Reyles el propósito de crear en "El Extraño" un personaje ejemplar y simpático desde el punto de vista ético, se colocó en un plano inferior al de su contrincante. La idea de Reyles al escribir las "Academias", donde no hay ninguna intención autobiográfica, fué libertar la novela española de su petrificación inadecuada, de su trocisco de "mero solaz y entretenimiento", según el concepto frívolo del propio Valera. Al remozar la narración castellana, propúsose Reyles darle una función superior hasta que se convirtiera en "arte exquisito que afine la sensibilidad con múltiples y variadas sensaciones..." (son las palabras del prólogo de "El Extraño").

Desde la época de este debate literario, Reyles estima que la novela tiene una misión más grande que la de agrandar o divertir, por eso repudia la concepción que Valera se ha formado de ese género literario, y trata despectivamente a los continuadores del relato superficial de "paisajistas de abanicos".

La polémica terminó con el fallo de Gómez de Baquero, quien dió la victoria a Reyles en "La España Moderna".

En esta controversia en torno a la novela intervinieron, además de Gómez de Baquero, Clarín y doña Emilia Pardo Bazán.

El interés con que el autor de "Pepita Jiménez" siguió la obra literaria de Reyles, no decayó nunca; ya ciego se hacía leer "La Raza de Caín" por el Sr. Danvila, último embajador de la monarquía española en Argentina.

La transformación radical sufrida en el corazón del paisano leal e ingenuo que sorprende a su mujer con el amante, hace de "Primitivo" un asunto de acerbo dolor, de dramatismo palpitante, de fibra humana y por ende universal, un caso de desviación de la conciencia rústica del

protagonista, el cual, ante el derrumbe moral que lo azota y sin atinar a defenderse de la desgracia que lo zamarrea, se siente invadido por el nihilismo más absoluto. "Primitivo" es, como su autor lo afirmó posteriormente, en un artículo aclaratorio aparecido en "La Razón", en Octubre de 1896, "el símbolo de la bondad destruída por el dolor, a cuya acción nada resiste".

Esta novelita ha tenido influencia evidente en ambos márgenes del Plata, y Javier de Viana y Horacio Quiroga deben a Primitivo más de lo que la crítica supone.

Como antítesis psíquica de "Primitivo", Julio Guzmán, personaje eje de "El Extraño", es el fruto de la civilización literaria más perfílada y artificial, el producto del decadentismo y de la afectación egoísta, la abulia y el desdén altanero por sus semejantes; la villanía y la introspección para el sufrimiento. Guzmán pertenece a ese linaje de personajes fin de siglo que tiene su origen lejano en el Baudelaire de la "La Fanfarlo" y que se precisa luego con la figura de Des Esseintes, de ese universal hastiado de la mediocridad humana, arquetipo de snobismo y artificiosidad creado por Huysmans.

Por último, Rapiña, protagonista de la tercera Academia, es la encarnación de la avaricia con todo el cortejo de privaciones de los placeres de la vida, y el sueño de este moderno Harpagon, es de un simbolismo epicúreo incommovible, en el que la fantasía de Reyles despliega la profusión de una riqueza imaginativa inagotable.

"...no soñaba... o soñaba?; ¿quién puede decirlo?", pregunta el autor al contemplar el buhonero, el cual después de mucho dormir, despierta al fin de su vida y siente el peso de su vejez y el fracaso de su existencia.

En las "Academias", Reyles se presenta como creador de seres atormentados y como espectador estético de las miserias del hombre.

#### Perfilación psicológica:

#### • La Raza de Caín •

Dos años de meditación fortalecida por copiosas lecturas filosófico-literarias, algunos viajes, buena dosis de recogimiento campero y sobre todo muy justa y atenta observación, engendraron "La



Raza de Caín", que, como ya lo he dicho, toma raíz en "El Extraño".

Para el psicólogo nato, el cuadro, el espectáculo de la vida y el estudio de las almas no necesitan de escenarios vistosos, ni de pompas periféricas y efectistas. "La Raza de Caín" no palpita en ninguna metrópoli populosa o resplandeciente, ni mueve personajes de rancia aristocracia; ella se desarrolla en un medio burgués adinerado, en las cercanías de un Montevideo de hace más de treinta años, opaco y aislado, lo cual no impide que Reyles haya logrado crear tipos de idiosincrasia compleja, de sensibilidad enfermiza y quintaesenciada, de espíritu atormentado y mórbido, dominados por un destino poderoso, por un determinismo trascendente y avasallador que el novelista señala en la obra por boca de aquel personaje central de "El Extraño", Julio Guzmán, quien sigue prolongando su psicastenia en "La Raza de Caín". Al meditar sobre su sino después de una positiva reconciliación con su mujer, dice Guzmán:

"Sí, tiene razón el poeta, sólo somos libres en el reino de los sueños. Cualquiera acto determina otros y crea una necesidad, una esclavitud; las realidades de la vida arrastran entre sus impurezas no sé qué gérmenes innobles que convierten al varón más fuerte en infame mercader, en torpe traficante de la idea pura. Si se vive, no se puede pensar: sólo en la contemplación conserva el alma su independencia sagrada".

Como sutil experimentador del sufrimiento duradero, Guzmán supera al "Discípulo", el mórbido personaje de Bourget.

"La Raza de Caín" es esencialmente la novela de la envidia, del odio, de la soberbia, del fracaso despedido y de la falta de adaptación al destino humano.

Una prolongada vibración de eso que Lucien Fabre llama en Rabevel "le mal des ardents", domina la bien encadenada intriga donde Caelo, Guzmán, la Taciturna y el matrimonio Menchaca, envilecidos y desprovistos de voluntad contrastan con la entereza vencedora del viejo Crooker y de su hijo Arturo; y el dominio de éste sobre Caelo no es solamente el de la voluntad y la valentía sobre la soberbia y la envidia, es también el triunfo del oro sobre la inquina inferior y sobre la ambición rastrera y presuntuosa. Y esa lucha, o mejor aún, esta victoria del oro, despojándose luego

de toda trama novelesca contribuirá, junto con "El Ideal Nuevo", a formar, varios años más tarde, el núcleo central de "La Muerte del Cisne".

Max Nordau, en una carta publicada como prefacio de la segunda edición de "La Raza de Caín", señala la coincidencia de haber aparecido casi simultáneamente esta novela y la de Wildenbruck titulada "Neid" (Envidia).

"Las comparaciones se imponen — dice el prologuista a Carlos Reyles. — "Pues bien: sobrepasáis en mucho a nuestro autor alemán por la verdad de vuestro análisis psicológico, por la sombría grandeza de vuestro arte, por la sencillez sorprendente de vuestros medios. Si vuestra novela obtiene el éxito que merece, os hará célebre de un solo golpe"; "y Rodó, ante la cimentada psicología de "La Raza de Caín", agrega: "qué fuerza y qué firmeza de análisis, qué justo atrevimiento en los grandes rasgos y qué incisiva delicadeza al herir en ciertas reconditeces; cuánta verdad y cuánta eficacia en la expresión".

La capacidad introspectiva utilizada, no como dato autobiográfico, sino como elemento animador del personaje creado, llega en esta novela a sutilezas perforantes comparables a las que se registran en los volúmenes de "A la Recherche du Temps perdu", que Proust escribió doce años más tarde.

"La Raza de Caín", anunciada en las librerías con carteles artísticos, por su recia envergadura y su contenido psicológico, hizo de Carlos Reyles el autor uruguayo más leído en Europa y América.

La primera edición de esta novela reproducía el ex-libris aparecido en "El Extraño" y en el "Sueño de Rapiña". Se trata de un escudo cruzado por una franja diagonal que lo divide en dos campos simétricos: en el izquierdo se estampa la empuñadura de una espada cuya hoja penetra en el derecho donde se destaca un corazón coronado por una llama. En la diagonal se lee la leyenda: **De frente, palabras simbólicas que sintetizan el empuje vital de Carlos Reyles, de este poderoso creador que, según la palabra de Francis de Miomandre "va hasta el fondo" del abismo, con la rigurosa voluntad que condujo a Dante, tiempo atrás, a los "círculos infernales".**

Reyles, en esta novela, elimina la parte anecdótica y suprime en absoluto la aventura, la ficción, la teatralidad, el andamiaje falso que aún se usaba en 1900

como un resabio romántico. Resueltamente toma otro rumbo para hacer obra genuinamente documentada, observando el amplio panorama de la objetividad y de las conciencias morales y psíquicas, después de estudiar su propio espíritu para penetrar agudamente la esencia del no yo.

Aunque analice personajes mórbidos, Reyles no busca sujetos de patología exagerada; las taras de éstos no llegan a ser extremas como las que se registran en los anales de psiquiatría, no; la morbidez o las morbideces estudiadas por Reyles están dentro de lo que podría llamarse mal del siglo; y Julio Guzmán, más que una víctima de la cultura y del estetismo lo es de su neurosis, típicamente finisecular.

En 1916, desde Salamanca, escribió Unamuno a Reyles una carta en la que le decía: "...ha venido a mi memoria "aquella novela suya "La Raza de Caín" "a la que dediqué hace ya de esto algunos años, un ensayo crítico y de la que "guardo viva impresión. Y precisamente "la estaba recordando últimamente y con "idea de releerla, pues que he emprendido la preparación de una novela que "se llamará: "Abel Sánchez, una historia "de pasión", siendo la pasión la envidia. "Al estudio de observación y meditación "de ella, en la vida y en los libros, he "dedicado años y no fué su obra de las "que menos me ilustraron".

"Este libro doloroso pero acaso saludable", según lo dice el mismo Reyles en la dedicatoria de "La Raza de Caín" a la juventud de su país, esboza ya el triunfo de la voluntad y de la energía.

### • El ideal nuevo •

El siglo XX apareció dejando rezagado detrás del horizonte todo el espléndido estallido romántico, cuyos destellos ultra-potentes se perciben a gran distancia. Reyles pasa su vida viajando para acumular experiencias y verificar sondeos. El cabañero vencedor alternó con el artista que supo vibrar a su antojo en los medios cultos de las capitales añejas transoceánicas. El concepto que tuvo del realismo económico se fortaleció y se ordenó. Dirigiéndose a las clases capitalistas, a las que consideraba únicas verdaderamente capaces de organizar la robustez nacional, escribió un opúsculo en 1903, titulado "El Ideal Nuevo", que encierra un programa de vasta renovación

y de "acción práctica", síntesis de las ideas que sobre la producción defendía Reyles en aquella época.

Todo el folleto está escrito con el fin de condenar las taras del universalismo, de la cultura libresca que aparece más tarde ridiculizada en "El Terruño".

El problema económico-rural expuesto en "El Ideal Nuevo", arranca de las observaciones de Gustavo Rivero, el protagonista de "Beba".

El tono enérgico se acentúa en el siguiente párrafo impreso en forma de volante, repartido en la capital y en los departamentos, con intención de propaganda:

### Escrito expresamente para "La fiesta del Trabajo"

"¡Qué pobre meollo, qué criterio obtuso, qué vista corta y torpe tienen los "tragadores de viento del ideal latino y "los idiotas sablos que al salir de la universidad desprecian las actividades libres de los hombres de trabajo por creer "las indignas de su indigesta cultura, de "esa cultura que enfrente de las realidades de la vida y de los conflictos de la "existencia sólo les permite recitar pensamientos ajenos, grabados en la memoria como las romanzas de eximios tenores en los cilindros de los fonógrafos!

"¡Brillantes, huecos e inconsistentes "globos de jabón que estallan al contacto de todos los hechos reales!... ¡Ilusos grotescos! Viven en el mundo de las "vagas presunciones y sólo les es dado "conocer la epidermis mudable de las cosas, jamás su esencia íntima y eterna.

"En el oro, en el metal vivo y nervioso, sólo perciben la materia inerte, no "la fuerza acumulada y en valor humano "convertida; en los bienes materiales, los "tesoros que odian los desheredados de "la fortuna, no la vida, la salud y la "dicha que resultan del funcionamiento "de un organismo sano y robusto, y en el "trabajo, el esfuerzo penoso y el pugilato "de los egósmos, no la admirable gimnasia donde se fortifican, mejor que en "las escuelas y universidades, la inteligencia, la energía, el carácter y las virtudes de los chicos y los grandes, de "los ricos y los pobres, de los que van "al colegio y de los que no pueden ir...

"¡El trabajo! Luchando con las duras "realidades el soberbio animal humano "adquiere toda su fuerza, hermosura y "esplendor. Los dioses caen de sus divi-



"nos pedestales, las religiones agonizan, "los místicos templos se derrumban y sobre las informes ruinas se yergue triunfante el engendro misterioso que la Naturaleza ha llevado en sus entrañas y "nutrido con la vida de todas las especies "durante miles de siglos.

"El culto del hombre nace, y del ideal "nuevo, orgulloso, magnífico y batallador, se oyen ya en las cúspides los clarines sonoros".

Las doctrinas de "El Ideal Nuevo" dieron origen a la Liga del Trabajo de Mollés, cuya resonancia en todo el país fué ampliamente comentada. Andando el tiempo esas mismas doctrinas se plasmaron en la Federación Rural, organismo que posteriormente se ha desnaturalizado, perdiendo su dinamismo para convertirse en baluarte de la política ultraconservadora del Uruguay.

#### Filosofía del impulso y de la vida

##### - La Muerte del Cisne -

Diez años después de publicada "La Raza de Caín" apareció "La Muerte del Cisne", terminada el 22 de Julio de 1910, en París.

Este ensayo filosófico comprende "La ideología de la fuerza", "La Metafísica del Oro" y "La Flor Latina".

La precisión de pensamientos sabiamente ensamblados; la lógica de conceptos originales y vividos; la cultura manifiesta sin alardes exhibicionistas; la audacia sin reservas; la visión valerosa de la realidad del Cosmos y de las voliciones humanas campean en este ensayo viril de medular reflexión, de arduo comprobar y de lirismo envolvente. ¿Lirismo? Sí, a pesar del contenido filosófico de equilibrio cimentado, "La Muerte del Cisne" exhala, en medio de ajustes realistas, el lirismo inherente a la obra de todo artista, de todo refinado auténtico que escribe con el estilo cincelado y rico del pulcro del pensamiento y de la forma.

Reyles, esteta de raza, sin temores ni quejas sensibleras, se enfrenta con la vida, la moral, la religión y la ley del Universo, y, apoyado en sus intuiciones y lecturas, descubre y traza un complejo cuadro de la vitalidad, de las energías mecánicas, químicas, celulares y psíquicas que dominan la creación con ciega e implacable voluntad.

Por error, esta obra ha sido juzgada como demoleadora sistemática de precep-

tos éticos, llegando a decir algunos críticos que "La Muerte del Cisne" implica la muerte del idealismo y la alabanza exclusiva de todo lo utilitario e inferior. Reyles, "gran idealista", según lo llamó Rodó, no va contra ninguna doctrina determinada, no ataca más que ese idealismo periférico y libresco, contrario a la naturaleza, a la vida y a todos los impulsos del Cosmos; ese pseudo-idealismo pueril y falsificado, o ese ascetismo tiránico y reñido con las normas naturales del mundo biológico, que desconoce aquello que Reyles, adolescente de diez y siete años, dió en llamar en un cuaderno de colegial: "Carácter guerrero de todos los fenómenos; tendencia del hombre a poseer y dominar", principio intuitivo que luego se robusteció en el pensador cuando consiguió, con arte sutil, establecer correspondencias entre los principios fundamentales de las doctrinas filosóficas aparentemente dispares. Así, echó puentes comunicantes entre Calicles, Heráclito, Mandeville (donde encontró Reyles el instinto de la soberanía, defendido por el agudo y paradójico británico) Descartes, La Rochefoucauld, expositor del amor propio, Hobbes (donde Reyles tocó el deseo o instinto de poder, expuesto por el misántropo sensualista). Penetró luego el derecho natural de Spinoza, la idea de la substancia fuerza de Leibnitz, para meditar sobre la energía combatiiva de los filósofos franceses del siglo XVIII, en la que apunta el interés de Helvecio. Las posiciones de Carlyle y Emerson, encontraron analogía y resonancia en Reyles, quien, con mirada envolvente, abarca las oscilaciones de la fiebre de la razón que se prolonga más allá de Kant y llega, todavía fresca, a Le Bon, Le Dantec y Maurras. Reyles alcanza la maduración de su pensamiento armonizado con las ideas fuerzas de Fouillée, el instinto de expansión de Guyau, el ascetismo liberador de Schopenhauer, la voluntad de dominación de Nietzsche. Se detiene ante la fuerza fundamental de Stirner, ante el culto de la energía de Stendhal, para revisar el sentido de la naturaleza de Demócrito, Epicuro y Lucrecio. Conocedor del estetismo de Thomas de Quincey y del instinto lavador de Blanqui, Reyles asiste al ocaso del positivismo comtiano, del agnosticismo de Spencer y del dogmatismo doctrinario de Taine y Sainte-Beuve.

El probabilismo de Renán no perturba al defensor de los impulsos cósmicos cu-

ya posición entronca, sin claudicaciones, con los principios selectivos de Lamarck y Darwin, y en cierto sentido con el pragmatismo de James y de Meyerson y hasta con el cientcismo de Henri Poincaré.

Pero al penetrar la substancia secreta de todos estos espíritus, el yo esencial de Reyles no se anega ni se desvía de su órbita rítmica, sino que se perfila y se enaltece sin arbotantes prestados ni reminiscencias majaderas.

Schopenhauer, ante la imposibilidad de llegar a penetrar el destino de la tierra y la finalidad de la vida, se engolfa en el nirvana; Nietzsche, después de crear el Super-Hombre, ante el enigma del conocimiento metafísico, cae en estado de espectador estético; Reyles, ante el mismo escollo, no pierde el dinamismo alerta que lo guía siempre y llega a concebir un impulso que comunica, en cierto sentido, con el *impetu vital* bergsonian.

Ese es el valor propio de Carlos Reyles en "La Muerte del Cisne".

En esta obra, se muestra Reyles como un testigo, más que como un juez. Comprueba el mal ciego del mundo y registra el son guerrero de las manifestaciones vitales, llegando con La Dantec, a la conclusión de que "ser es luchar; vivir es vencer". Es un hecho de experiencia concluyente. Reyles usa palabras de dos filos, y las objeciones que se han hecho a la filosofía de la fuerza se apoyan en falsas interpretaciones verbales. Esas palabras que pueden expresar conceptos desacreditados, significan en "La Muerte del Cisne", otros principios ideales, defendidos en planos superiores. Reyles los eleva, los dignifica. Así, cuando habla de la fuerza, hay que pensar en la energía; cuando habla del interés o del egotismo, hay que pensar en la *gravitación sobre sí mismo*, en el "juego de la voluntad".

Del mismo modo que el poeta descubre poesía donde el hombre vulgar no ve más que prosa, Reyles descubre idealismos allí donde el timorato, el miope o el utópico no ven más que utilitarismo o vileza.

Así, Reyles siente que el Oro "es el habitáculo misterioso de la voluntad de dominación de los hombres y los pueblos, y representa valor humano substancia anímica, la virtud extractada de las generaciones que fueron, y es así como la semilla de la voluntad; el germen que atesora en potencia todos los actos del

pensamiento y todas las realizaciones del deseo".

Nietzsche en su concepción del *instinto vital* admite o crea las ilusiones favorables a la existencia humana, necesarias como alicientes de la vida, aunque ellas sean aniquiladas por el Conocimiento destructor, "pero, como lo dice Reyles en "La Muerte del Cisne", sólo para darle a aquél estímulo y ocasión de otras nuevas".

Anatole France ha dicho:

Si tu gardes ta foi qu'importe qu'elle  
[mente  
La beauté de l'amant n'est qu'au cœur  
[de l'amante  
Et l'Univers entier n'est qu'une vision..."

Aunque sea por el camino del escepticismo, France concuerda con Nietzsche y con Reyles respecto de la conveniencia del cultivo de las ilusiones. "Las grandes ilusiones son siempre fecundas"... asegura Reyles, y luego relata la leyenda de la infeliz criatura que perdió la belleza física y nunca se dió cuenta de su fealdad. "La humanidad ha padecido muchas de estas demencias saludables", concluye diciendo el pensador.

En "La Muerte del Cisne" se acentúa el ardor literario y filosófico, la curiosidad científica y el poder inquisidor de Reyles que percibe la realidad directamente y puntualiza el crimen de la cultura greco-latina, la cual prefiere la idea al acto, la razón mística a la razón física.

"La Muerte del Cisne", reclama en todas partes el culto de la fuerza, es decir, de los impulsos vitales, y para eso da un vibrante latigazo a las sensibilidades enfermizas, a las exquisiteces desmayadas del bizantinismo finisecular, a las neurosis engendradas por los románticos de última hora, a los decadentes de invernáculo, a los sensibleros desprovistos de virilidad.

Esta obra de Reyles dió lugar a varias polémicas ideológicas en Francia, siendo luego comentada por los hermanos Leblond en "La France devant l'Europe".

"La Muerte del Cisne" es el único libro de ideas, escrito por un sudamericano que ha dado lugar a controversias en el Viejo Mundo. Publicado en francés en 1911, pronosticaba la guerra mundial y las luchas imperialistas y sociales posteriores a 1918.

En estos últimos años, Deltell, en su "Discurso a los pájaros" pone en boca de San Francisco de Assís estas palabras



coincidentes con la concepción reylliana de la vida:

"Es bueno, hermanos míos, que la araña engulla a la mosca, que el gorrión se coma el trigo, y que el halcón haga cru-jir al ruiseñor. La creación es una, y sus diversos elementos se entremezclan unos a otros por medio de gargantas, buches e intestinos. El mundo viviente es una cadena perfecta, cuyos anillos son precisamente los órganos del apodramentamiento y la devoración. ¿Qué sería un universo en que cada molécula tuviera independencia y aislamiento? ¡Un planeta frío, sin vientre y sin vida! Pero nuestro planeta es bello, y por esto, sus rodajes se lubrican sin cesar en el dulce aceite de la sangre. Todo se pliega al magnífico régimen de la alimentación universal. La vida se reduce a dos episodios: comer y ser comido..."

"En la naturaleza todas las especies se devoran; todas las condiciones se devoran en la sociedad", ha dicho ya en el siglo XVIII el más vivo de los personajes de Diderot, aquel sobrino del músico Rameau, célebre por su agudeza, su verba satírica y su cinismo burlesco.

Es conveniente leer *La Muerte del Cisne* siguiendo el consejo de Faguet para la lectura de los libros de ideas: estableciendo comparaciones y acercamientos continuos.

#### **Captación de lo criollo :**

##### **• El Terruño •**

En su retiro de Lobería, escribió Rey-les "El Terruño", publicado el año 16 con prólogo de Rodó. Una edición de la casa Ollendorff, en París, y otra corregida y aumentada, impresa en Montevideo, aparecieron casi simultáneamente.

El antagonismo de la realidad y el idealismo se plantea una vez más en esta novela punzante, en la que Reyles utiliza su doble experiencia de novelador consumado y de campero curtido por una larga lucha de civilizador en plena soledad agreste.

Como ya he dicho, "El Terruño" nace de "Primitivo", pero desenvuelto con sentido abarcador del medio criollo, sahumado con supervivencias de otros tiempos, vividos por el autor, cavado con observaciones agudas y enriquecido con nuevas situaciones dramáticas de vigorosa potencia evocadora.

La rusticidad olorosa del campo aviva las escenas jugosas, donde el buen

sentido de Mamagela (personaje digno de Balzac, según Pérez Pett) triunfa del universalismo utópico, de la indigestión política y pedagógica de Tocles; y ese antagonismo entre la estanciera previsora y el iluso fracasado por el exceso de pedantería, que huye de la capital para ocultar su despecho, se sostiene a través de la tragedia que domina la acción.

La máxima sutilidad psíquica de esta novela se ajusta en la despedida de Tocles, hallazgo incomparable que completa la estructura espiritual de ese descontento nato, arquetipo del universal inadaptado a la vida, como lo son también Guzmán y Cacio, en "La Raza de Caín".

Reyles se afirma en la creación de tipos definidos, de criollos inconfundibles, que denotan la íntima vinculación del novelador con el medio uruguayo. Y entre esos tipos se destacan, junto a Mamagela, Tocles y Primitivo, la recia figura del caudillo Pantaleón, cuya muerte, según la palabra del prologuista, "por su épico aliento, es de las que parecen reclamar la lengua oxidada y los ásperos metros de un cantar de gesta".

La rica savia ideológica de que habla Lasplaces, al ocuparse de esta novela de Reyles, se desprende germinadora de las páginas de "El Terruño", de esa obra que, como lo afirma Ingenieros, analiza los aspectos singulares de la vida humana.

Las potencias telúricas engendradoras de la guerra civil, supervivencia de bárbaros enconos y de ancestrales corajes, moldean la dolorosa existencia de personajes de carne y hueso, patinados por el sol y la escarcha, de gente de vida a la intemperie sobre las hurañas cuchillas escalonadas en la margen izquierda del ancho estuario.

El sortilegio de la tierra nativa mantuvo siempre encendida, en el espíritu de Reyles, la nostalgia jugosa de los cantos de zorzales y sabiás, la alegría límpida del hornero, el vuelo esotérico de las garzas migradoras, el impetu rítmico del carancho perforador de lejanías, el milenarismo envión del pampero pulidor de la cima de los cerros, el galope de los potros sobre las praderas de verde luminoso, el chirriar de las vetustas carretas de bueyes, la rutilante magia del cielo austral, de nitidez impecable y de honda fosforescencia, la humildad de los ranchos proletarios, la mansedumbre de los ombúes florecidos, los olores agrestes que el sol aviva en los montes, la púrpura de los ceibos y el eco de la canción



de los troperos curtidos por las andanzas aventureras sobre terrenos endurecidos por la sequía.

Pero aunque Reyles se sienta apegado en todo tiempo a los recuerdos del campo criollo, soñó siempre con un terruño en el que cupiera la acción civilizadora que explote la riqueza nacional y que destierre la indolencia y la rutina de los rurales.

Tanto "El Terruño" como "La Raza de Caín" proclaman la superioridad de los espíritus fuertes y prácticos sobre la utopía, la falacia y el refinamiento enfermizo.

#### **Defensa de las ilusiones vitales:**

#### **« Diálogos Olímpicos »**

"La Muerte del Cisne" es una obra de comprobación implacable, una presentación de hechos reales, escalonados con destreza, después de haber pasado por el filtro de la inteligencia y de la dialéctica de Reyles.

De ellos se desprende la conclusión de que las filosofías naturalistas están absolutamente reñidas con los anhelos del hombre. Y lo que Reyles, ese gran Inquisidor de la vida, buscó, fué el eje para armonizar la ilusión con la naturaleza inflexible.

\*\*\*

En su meditación madurada, llega Reyles, en "Diálogos Olímpicos", aparecidos en Buenos Aires, en 1918, en edición primorosa, ilustrada por López Nagull, a conclusiones amplias, humanas, de un pacifismo superior, compatible con los conceptos actuales del internacionalismo, en las que se contempla la vida sin salirse del terreno de la realidad, para elaborar así una ideología sólida que nada tiene que ver con las utopías de los pensadores ingenuos o fumistas.

Torres Grané ha dicho con razón que "Reyles es idealista y artifice de tan egregia prosapia como el autor de "Ariel", agregando que: "Si la filosofía de Rodó entusiasma, alienta, realza, pule y perfecciona, cosa análoga hace la desconocida y negada filosofía reylana. Que ambos parten de distintos puntos de vista y se orientan por divergentes desfiladeros, no hay por qué negarlo; pero los dos arriban a la preocupación de una personalidad humana mejor cultivada, más apta, más armónica y dominadora."

Es indispensable señalar que "Diálogos Olímpicos" ha merecido los más entusiasmados y serios comentarios de la crítica

contemporánea. Así, por ejemplo, en "La Nouvelle Revue Française", puede leerse a propósito de esta obra de Carlos Reyles: "Por la serenidad y la altura de vistas que evidencian, estos diálogos entre Apolo y Dionisos de un lado, y Cristo y Mammón por otro, son dignos de Renán y de Anatole France. Carlos Reyles tiene la imaginación metafísica del primero, la penetración y la gracia del segundo." Y Abel Doysé, redactor del diario comunista "Clarté", y escritor del grupo de Henri Barbusse, ante la hondura filosófica de "Diálogos Olímpicos", afirma que "Reyles es uno de los pensadores más originales de nuestra época".

Durante la conflagración europea, el espiritualismo altivo de Reyles se manifestó antes de la publicación de "Diálogos Olímpicos". Al defender la ideología francesa durante la guerra, el pensador publicó, en Buenos Aires: "Latinismo y germanismo", "Los pendones de Francia" y "Nuestro Espiritualismo", artículos vibrantes de entusiasmo por la causa latina que revelan la sensibilidad y la altura del autor.

En "Diálogos Olímpicos", la riqueza de puntos de vista y arte de ataviar con imágenes las ideas abstractas (según Jules D. Gaultiers) se evidencian en las argumentaciones de los dioses. Reyles busca esencialmente, la conciliación de la razón del Cosmos y la razón del hombre, la fatalidad y la libertad, la voluntad de poder y de expansión, la voluntad de conciencia, es decir, la armónica energía universal, el elemento divino.

Apolo, la inteligencia, se reconcilia con Dionisos, el instinto; Cristo, el amor, la bondad, con Mammón, el egoísmo y el oro; Irene, la vida, con Pandora, la ilusión. Zeus representa en la obra, la energía original del Cosmos y de la Vida.

Mammón, el viejo dios de la mitología siria, aparece renovado y adaptado a la civilización contemporánea: "Desarrollaré por medio de la gimnasia del trabajo, hasta hacerlas equivalentes, las aptitudes de todos; nivelaré las bolsas, sólo con suprimir las prerrogativas fundadas en el capricho y no en la utilidad social, y haré visibles los hilos de plata y oro que unen misteriosamente a los hombres, las sociedades y los pueblos. Y cuando todos vean su imagen reflejada en los ojos de los otros, los hombres se harán íntegramente solidarios, reinarán la libertad, la justicia y el amor y empezará realmente la edad de oro de la hu-



CARLOS REYLES

BUSTO POR GERVASIO FUREST MUÑOZ





manidad. Antes no... dice el demonio de la riqueza.

Los "Diálogos Olímpicos" establecen la ruta conciliadora entre la ley universal y la humana, y marcan la máxima fulguración del pensamiento reyllano.

La defensa de las ilusiones vitales que asoma en "La Muerte del Cisne" y se puntualiza en "Diálogos Olímpicos", aparece también en "El Embrujo de Sevilla" por boca del pintor Cuenca.

La intensidad dialéctica de los "Diálogos", donde las ideas no entorpecen la galanura de los sesudos discursos de los dioses, ha hecho decir a Henri Suarès que esta obra "responde a la más noble misión del arte de escribir".

Reyles, en el escenario del siglo XX, es un forjador de ideas líricamente meditadas, en las que se muestra ampliamente partidario del triunfo del Derecho, la Justicia y la Democracia.

### **Conocimiento de la urdimbre andaluza: • El Embrujo de Sevilla •**

La España trágica y la España luminosa, la tierra puente por donde la esencia africana trepa a Europa, atrajo siempre a Carlos Reyles. Y el sortilegio de Iberia, avivado por frecuentes viajes y prolongadas escalas que el novelador hizo en toda la península, le robustecieron el conocimiento del alma compleja de la España de todos los tiempos.

En Andalucía, en ese mundo aparentemente trillado por escritores de todas las lenguas y de todas las razas, Carlos Reyles va a buscar y encuentra como mágico privilegio, la esencia inédita de su novela el "Embrujo de Sevilla".

Allí, en la cuna de Velázquez, Murillo y Fernando de Herrera en un sondeo largo y diestro, refrescado en las aguas del Guadalquivir, Reyles penetró todas las reconditeces, hasta entonces inasibles, de la vida andaluza, del alma andaluza, del duende andaluz. Allí palpó "lo que la raza de Don Pedro el Cruel y Felipe II tiene aún de violenta, fanática, triste y lúbrica".

Vinculado sólidamente con la hechicera, añeja y salerosa ciudad frecuentó todas las capas del conglomerado social, desde la gente blasonada hasta la humilde de los barrios indigentes.

En esa andanza, Reyles se detuvo en el mundo del tablado, en los cafés de cante hondo, y de baile, en los colmaos donde palpita la entraña andaluza, donde vibra la flor quejumbrosa de las seguid

yas y se ahogan las penas en el aguar-diente.

La novela, apareció en 1922, en ese año que, según Benjamín Crémieux perdurará entre todos los otros porque en él se ha elaborado la gran literatura de mañana.

Como dije, es el Embrujo la germinación de un cuento que Reyles publicó veinte años antes, titulado "Capricho de Goya".

En el cuento, la escena se desarrolla en un café de "Cante" de Madrid, y el matador Paco Avila muere del navajazo de la "bailaora", la que en verdad sigue queriendo al "cantaor", a pesar suyo, y huye con él después del crimen. En la novela, la escena baja de latitud hasta Sevilla: el navajazo que recibe el torero no es mortal, y la "bailaora", arrepentida de su acción ansía que Paco se salve y se aparta del gitano.

Paco Quiñones, el señorito que se hace torero insigne, la Pura, de médula flamenca, el gitano Pitoche, el pintor Cuenca, la linajuda Pastora, Rosarito, el ganadero Míguez, el picador-anticuario Tabardillo, el criado Covacha, todos los personajes del Embrujo iluminan la recóndita y sabrosa esencia y hacen visibles los entretelones y sutilezas del alma de la raza, dilatando la órbita de lo narrativo-colorista para ir a buscar con agudeza infalible lo genuino, lo profundo de la idiosincrasia andaluza: el toreo, el cante y el baile, manifestaciones de la sensibilidad de un pueblo, lenguaje expresivo de una cultura secular, símbolos arraigados de la fisonomía interior y del sentimiento de los naturales de la antigua Bética cuya psicología no tiene secretos para Carlos Reyles. Es esa fuerza penetradora del "Embrujo de Sevilla que ha hecho decir a Don Miguel de Unamuno: "Jamás se ha hablado del alma española con tanta novedad y profundidad".

El sortilegio que encierra esta novela explica la emoción honda que causó a Rafael Altamira, Pérez de Ayala, Alover, Sanín Cano, Gyp, Louis Bertrand y Cogniat.

"Muchas veces me he preguntado si era yo en realidad el autor del "Embrujo de Sevilla", y siempre una voccecilla algo burlona y aceda me respondía: No, quien dictó esa obra fué Sevilla misma", dice Reyles en un discurso pronunciado en aquella ciudad el año 1929 y publicado en "El Noticiero Sevillano".

Parece que el duende andaluz le hicie-



ra descubrir al novelador ese segundo plano de que habla Azorín a propósito del "Embrujo"; parece que ese duende hiciera vibrar el nervio que anima a los personajes apasionados hasta la tragedia.

Cuando Supervielle trata a Reyles de "admirable lírico de la realidad", cuando ve en el navajazo de la Pura a Paco "una intensidad que va a unirse a los momentos más patéticos de las novelas de Dostoyevsky", descubre que Reyles "posee la ciencia de emplear los detalles sin que ellos pesen".

"El Embrujo de Sevilla" ha descubierto el relicario secreto de lo andaluz y la influencia alcanzada por esta obra en la literatura más viva se acentúa constantemente. Así, algunas ideas y rasgos de la creación reyleana se reconoce íntimamente en el Montherlant de "La petite infante de Castille", en el Waldo Franck de "La España Virgen" y hasta en cierto modo en Keyserling, quien habla de la necesidad de precisar los caracteres simbólicos de las culturas y el estilo de los pueblos.

Por esta causa, los novelistas franceses que ponen su mirada allende los Pirineos, van a libar en esa obra de Reyles que lo consagra como observador perforante, como colorista conocedor del medio tono y del toque violento, como poeta que hace del "Tronío" un cuadro palpitante de lirismo; de la bailadora fervorosa una creación que, al decir del erudito Rey de Castro, "es de influencia ancestral de muy remoto y misterioso origen, de filiación gitana con fuerza suficiente para complicar el drama, provocando episodios de eficacia y realismo shakespereanos".

La jerga andaluza, rica y pintoresca, vibrante, encendida, precisa, se mezcla a ese "estilo que, según Villagrán Bustamante, se presenta lleno de nervio, pulcro y castizo, trabajado con maestría y con amor de artífice".

La fusión integral de la narración y del sondeo se enaltece en el baile de la Pura, en el taller de Cuenca:

— "¿Qué secreto, qué misterio nos revela la Pura en este instante?, preguntábase el pintor tratando de analizar "las extrañas emociones que experimentaba. Esas angustias, esas prostraciones, esas soberbias, ¿son las suyas o las

"de la raza? Esa pena, que quiere mostrarse con la cara bonita, ¿es la pena "de la andaluza o la pena presumida y "galana de Sevilla? Esos desplantes provocativos y esos resignados **qué más "da, ¿son los de la chula o los del pueblo andaluz? Ese lloro altanero y ese "querer y no poder, ¿es el de la Pura o "el del orgullo español? ¿Es posible que "tanta pasión, tanta fiebre y tanta ansiedad violenta no vayan a ninguna parte?"**

Las palabras del pintor, encierran la verdadera síntesis de las virtudes cardinales de su pueblo, de la estirpe de su numen, de su potencia anímica, de su fervor místico y teológico.

Fué en tierra andaluza que el Alcalde de Sevilla, Díaz Molero, al declarar a Carlos Reyles hijo ilustre de aquella ciudad, interpretó el agradecimiento del pueblo entero al novelador diciendo en un discurso:

Si se pusiera en una balanza lo que Reyles honró a Sevilla y lo que esta ciudad se honró al nombrarlo **hijo adoptivo e ilustre**, seguramente pesaría más lo primero, pues **nadie como Reyles supo mostrarnos con belleza literaria el espíritu de nuestra ciudad. El ilustre escritor ha sabido exquisitamente ver aquello que sentíamos, pensábamos y amábamos con nuestra alma entera, pero que no había sido plasmado en una forma literaria con tan honda comprensión y maravillosa justeza.**

Junto al drama cálido y vibrante, que unifica lo objetivo y lo subjetivo, se palpa toda la gama de observaciones, toda la erudita riqueza de lo sevillano, donde la majesta rumbosa y la chulería picante se encadenan a la donosura señorial y a la gracia ancestral que se mece en el ensañamiento de la ciudad. Reyles, demiurgo seguro de saber, gustador de espejismos y certezas capta con mirada de mago toda la urdimbre trágica de la acción encendida de "El Embrujo de Sevilla".

Cada producción de Reyles robustece su obra con nuevas almenas, fuertes troneras y recias barbaconas.

Siendo la más artística, la más ágil, la más cavada de las novelas de Carlos Reyles, "El Embrujo de Sevilla" realiza la proeza de interesar a lectores de las



más diferentes categorías mentales y sociales. (1)

En estos momentos en que hablo del "Embrujo" se está filmando por vez primera en España, la obra de Reyles. La tragedia que imaginó el novelador ha tenido una prolongación real y sangrienta que ha sido comentada por la prensa de ambos mundos.

Un miura perseguidor, después de arrojar a un hombre ante el objetivo de la máquina, hirió a otros tres y saltando la barrera lesionó gravemente al intérprete que encarnaba a Paco Quiñones. El film lleva pues la sangre auténtica de la realidad que Reyles indaga con la destreza del profundo conocedor de la vida "saltaba a la arena el primer toro con la muerte en los cuernos y la fortuna y la gloria en los morrillos". Estas palabras del novelador tienen un sentido profético que se evidencia una vez más con el reciente episodio del film a que me refiero.

#### **"El Embrujo de Sevilla"** adaptado al teatro y al cine

Después de la interpretación de "Sangre y Arena" de Blasco Ibáñez, Rodolfo Valentino, seducido por el "Embrujo de Sevilla", solicitó a Reyles autorización para llevar a la pantalla esa novela andaluza. Se estipuló que el propio Valentino desempeñaría el papel de Paco y Pola Negri el de la Pura, que Reyles en persona haría de escenógrafo, que la película sería tomada en Sevilla mismo, y que de dicha obra se haría una edición de 500 mil ejemplares ilustrada con fotografías del film.

Todas las condiciones impuestas por Reyles fueron aceptadas por el actor, quien, para dar más realce a la cinta dispuso que su casamiento con Pola Negri tendría lugar en Andalucía y que tal ceremonia constituiría uno de los episodios más atrayentes de ese film.

Cuando los contratos, amplamente ventajosos para Reyles, llegaron firma-

---

(1) Todos los ensayos, como los relatos de Reyles han sido traducidos al francés por Alfredo Bengochea, excepción hecha de "La Raza de Caín", vertida a aquel idioma por Francis de Miomandre.

Ultimamente ha aparecido una traducción inglesa del "Embrujo", firmada por Jacques Le Clerq.

En breve aparecerán las ediciones alemana e italiana de la misma novela, lo que prueba la gran difusión que ella tiene aun en las naciones de lengua extranjera.

dos a manos del novelador, Valentino ya había muerto.

\*\*\*

En Buenos Aires, el 5 de Mayo de 1926, David Peña llevó a la escena del Sarmiento una deficiente teatralización del "Embrujo de Sevilla". Un público numeroso de hombres de letras porteños de más prestigio, se aprestaba a saborear la adaptación escénica del señor Peña, pero, a pesar de la riqueza del decorado, la frialdad y la falta de sentido teatral del adaptador produjeron en los espectadores la más completa decepción.

Posteriormente, también en Buenos Aires, se han registrado dos plagios del "Embrujo" el cometido por el dramaturgo Escobar y el de Vacareza, cuya obra titulada "Chacarita" es una burda imitación de la novela de Reyles.

\*\*\*

Benito Perojo regresó últimamente de Sevilla a París, después de dirigir durante varias semanas, las tomas de vistas del film parlante de la novela de Reyles.

A raíz del sangriento incidente que acabo de señalar se han seguido sacando numerosas escenas de corridas con la benévola participación de más de 16.000 espectadores.

Terminada su breve permanencia en París, el realizador y su compañía siguieron viaje a Berlín para continuar, con todo esmero, la toma de la película cuidando la composición y luz de los interiores y el estilo del mobiliario.

Entre los intérpretes de la versión francesa de este film, montado con verdadero sentido fotogénico, aparecen: Gina Manès, representando a la Pura; Hélène Hallier, Pierre Batchef, Gaston Modot y Georges Charlia.

En la versión española de esta película, ha sido elegida para encarnar el papel de la bailadora la actriz gitana de "ojos asesinos" y piel aceitunada, María de Albalcín, la compañera de Valentino en super-producciones cinematográficas, danzarina y cantante, cuyas cualidades dramáticas se valoran en el tono, la voz, el gesto y el garbo flamenco, tan aplaudido en todos los "tablaos".

María Fernanda Ladrón de Guevara, representará a Pastora; Rafael Rivelles a Paco y un "cantaor" gitano de mucha enteraña, hará de Plitche.

La versión española del "Embrujo" ha sido dirigida por la empresa madrileña "Julio César".

Esta producción parlante marca la entrada triunfal de Reyles en Cinelandia.

y constituye, según "L'Intransigeant" uno de los mejores hallazgos del "Moving-pictures".

Informaciones últimamente recibidas, anuncian que Reyles, descontento de ciertas adulteraciones del argumento de su novela, iniciará pleito contra la empresa.

#### EL ESTILO DE REYLES

He señalado ya la pureza gemática del estilo de Reyles; a esa calidad cellinesca, fruto del agudo refinamiento del pensador, hay que agregar la exactitud en la elección del vocablo, la concisión de la frase siempre ágil, el acierto para la dramatización, la holgura para las pinturas coloristas, las sugerencias ideológicas, la captación psíquica y la fuerza doctrinaria.

El estilo de Reyles es recio y sutil, rico y vibrante, matizado y fresco, castizo y de temple firme, flexible e incisivo.

Los giros y el léxico usado por el novelista armonizan la donosura del siglo de oro con la elasticidad del espíritu contemporáneo, la prestancia clásica con la jerga andaluza o con los americanismos vivos indispensables para la narración del medio criollo.

Reyles sabe que cuanto más se sintetiza la frase, mayor amenidad tiene el relato, más fuerza y elegancia la expresión de la idea.

El estilo de Reyles, lejos de constituir un obstáculo para la imaginación del novelador, pule las imágenes y las presenta para que se les vea bien de todos lados, sin necesidad de ponerlas en el pedestal exhibicionista.

Desde sus años de estudiante, el novelador retuvo piadosamente aquel aforismo de Gracián: "más valen quintas esencias que fárragos", por eso Reyles repudia el oropel y el recargo en el estilo.

Cuando escribe siempre tiene presente que entre las innumerables maneras que hay de expresar un pensamiento, no existe en realidad más que una que sea la verdadera, la adecuada. En este sentido coincide Reyles con lo que observa La Bruyère en (*Les caractères - Des ouvrages de l'esprit*).

En todo momento—dice el novelador—hay que buscar esa manera de expresar insustituible y como no siempre ella aparece con facilidad, es conveniente escribir dejando, espacios en blanco que luego se llenarán cuando surja el vocablo o la frase de mayor justeza.

La gran ventaja de los libros, según

Proust, consiste en que por ellos "se recibe comunicación de otro pensamiento, pero quedando el lector solo, es decir, continuando en el goce de la potencia intelectual que se tiene en la soledad".

El estilo, como el pensamiento de Reyles, se han perfeccionado en el aislamiento; tanto en las estancias sud-americanas como en las capitales europeas, nuestro novelador ha vivido, siempre que ha querido, al margen del comercio cotidiano de los demás hombres.

La claridad en la expresión se mantiene con toda escrupulosidad en la obra de Reyles, quien, lo mismo que el Patriarca de la Villa Saïd, ha tenido en cuenta aquellas palabras que Buffon pronunció en la Academia: "el estilo no es más que el orden y el movimiento que uno pone en sus ideas".

Reyles conoce la fuerza varonil, la pureza diamantina y el ritmo acendrado de la lengua que hablaron Alfonso el Sabio, Góngora y Quevedo.

#### El dinamismo vital de los pensadores uruguayos

Para Reyles el mundo es lucha; para Rodó es eterno devenir. Ambos pensadores concuerdan en la realidad dinámica de las manifestaciones vitales: Reyles después de comprobar intuitivamente primero, razonando luego, el "carácter guerrero de todos los fenómenos"; Rodó cavando su aforismo de "renovarse es vivir", esencia íntima de Proteo.

Rodó, basado en las doctrinas espiritualistas, y Reyles defendiendo la expansión de la vida llegan a concreciones de conceptos pre-sistemáticos, normas amplias aunque definidas, enseñanzas deontológicas, perspectivas ecuménicas, en las que se precisan las transformaciones fecundas de la actividad anímica siempre colmada de múltiples sugerencias.

Ambos pensadores bregan por la cimentación de la voluntad del futuro. Ambos estilistas escriben guiados por un ideal de mejoramiento y expresan constantemente el grávido culto del estetismo en sus manifestaciones más vivas e irradiantes.

Las observaciones de la adolescencia llevaron a Reyles, años más tarde, a meditaciones ontológicas, a férvidos sondeos de cosmología racional y a la concordancia del pensamiento con la realidad física en todas sus expresiones.

El ensayista de "Ariel", en su función de apóstol ético, vierte su probidad, su



optimismo persuasivo, su vivo ascendente moral, para luego enseñar a captar todas las posibilidades del idealismo.

El dinamismo actuante y disciplinado de Vaz Ferreira, se agudiza en la discusión de los "Problemas de la libertad y del determinismo" con aclaraciones propias que ordenan el planteamiento de la cuestión en "Moral para intelectuales" y en "Lógica viva", obra esta última cuyo alcance mental significa la liberación de la retórica del pensamiento, el repudio de los moldes escolásticos y casuísticos, en los que la falacia se oculta bajo apariencia de dogmatismo sensato.

Por eso, los tres Maestros están bien cimentados en nuestro siglo, y seguirán siendo considerados, con toda justicia, como orientadores de la juventud del Continente latino.

### Conclusión

Acopio máximo de experiencias vitales en profundidad y en superficie; fusión, o mejor aún, armonía de lo rudo y de lo ultra refinado; saboreo de todos los placeres y hasta de los antojos del hombre que no deja nunca de ser cabalmente hombre.

Ideología templada al sol de la vida y meditada en medio del recogimiento, despojada de falsedades y utopías estériles.

Búsqueda fecunda que descubre las direcciones de la conciencia y de la auto-determinación humanas inmutables como el tropismo.

Sensualismo y análisis.

Mantenimiento del yo firme que a pesar de ser multiforme no pierde nunca su rumbo. Precocidad orgánica y espiritual.

Todo eso es Carlos Reyles en cuerpo y en espíritu, como novelador y como hombre de campo, como ensayista y como sibarita.

Con el más supremo buen gusto y la más honda intensidad ha sabido Reyles deshojar buena parte de su vida sin alardes inútiles, sin lamentos ni arrepenti-

mientos febles. Esta entereza le permite gustar como pocos, el precio incomparable de ser gran señor de la vida y por eso no puede nunca sentir tedio cuando echa su mirada hacia el pasado poblado de realizaciones seductoras, de actos conseguidos, de proezas y glorias alcanzadas. Así revive con fruición cualquiera de los momentos de su existencia desbordante. Tal es el destino de los hombres libres que han llevado una vida de estetas, la que trasciende reforzada por una leyenda complementaria, rica y aventurera.

Reyles es el catador que sabe deambular por el mundo y por el arte, por el pensamiento y la imaginación. Y si se admite con Taine que el artista es un producto de la raza, del medio y del momento, el que estudie a Carlos Reyles aplicando tal principio investigador para fijar y precisar la génesis de sus personajes y de sus obras, debe **parar** rodeo de los inasibles y variadísimos medios y momentos en que actuó el novelador desde el comienzo de su adolescencia.

Además de esteta, Carlos Reyles es un disecador de la verdad. Por ahí revela su sed de **verificar** los hechos que se presentan a su observación inexorable, su afán de inquirir la génesis de los fenómenos que como actores de alto coturno dan vueltas por el máximo escenario de la vida.

Reyles, con su mirada de acero, de frente o sesgado como el matador que fija al toro, pasa revista al cortejo de formas y apariencias que suben o bajan por el mundo en torbellino cambiante e ilusorio.

Su mirada se afina y se prolonga al revisar el análisis de la falsa casuística, al seguir el valvén de los hechos del universo físico-químico, las aristas de la realidad social, las sinuosidades de la psicología individual o colectiva, el ritmo interior que le aclara su propia conciencia en el impulso de la creación estética o en la captación de una verdad orientadora.

# DOS HOMENAJES A CARLOS REYLES

Antes de partir de nuevo para Europa, en donde residirá durante un tiempo por causas que son notorias, nuestro gran novelista, fué objeto de dos expresivos homenajes. El primero de ellos tuvo carácter oficial, se realizó en el Ministerio de Industrias y consistió en la entrega de la documentación de su nombramiento de "hijo adoptivo de Sevilla", concedida por el Municipio de aquella ciudad. El acto fué presidido por el Comité organizador de la concurrencia de nuestro país a la gran Exposición Ibero Americana realizada el año pasado en la capital andaluza, asistiendo a él, destacados miembros del gobierno, del Municipio y de nuestra intelectualidad. El señor Oscar Orozco, Presidente de aquel Comité ofreció la elocuente demostración, hablando después el Presidente del Concejo Departamental señor César Batlle Pacheco, contestando el homenajeado. He aquí los discursos pronunciados.

## DISCURSO DEL SR. OROZCO

El señor Oscar Orozco, presidente del comité organizador, habló en los siguientes términos:

"Señor embajador:

Y no haya sorpresa ante el discernimiento del título máximo, que no soy yo quien lo otorga, sino que a él corresponde por derecho propio y lo atestigua con la credencial de sus obras. El fué embajador ante tierras de España y ante el espíritu del mundo que piensa y siente y fué, con dignidad y alto prestigio, el enviado extraordinario del Uruguay ante el homenaje y pleitesía que las hijas de Iberia rendían en Sevilla a la madre gloriosa, poniendo a sus pies el fruto de su esfuerzo.

Y Sevilla lo quiso para sí y lo acogió amorosamente en la suave tibia de su seno, lo atrajo a su regazo con la emoción fervorosa de la madre y lo coronó con el laurel y el olivo de sus vegas, sobre los que pongo, con patriótica unión, la roja flor de celbo de nuestra admiración y nuestro aplauso.

Hubo en la majeza castiza y en el señorio de rumbo, en el tronar de la multitud viril de acero y oro, en las rejas

enflorecidas de amor y de gracia y en la tristeza alegre de Sevilla, un estremecimiento de emoción el día en que la ciudad adoptó a este hijo esclarecido que tuvo sin dolor en un alumbramiento de jubilosa maternidad.

Fué en fecha memorable y en bautizo laico, consagrado con aguas del Guadalquivir armonioso, hijo adoptivo de Sevilla, y agregó a su blasón la divisa que el décimo Alfonso otorgó a la leal y a la única en la epopeya histórica. Y esto que es honra para él, es gloria para nosotros. Yo propongo que esta gloria y este honor se retribuyan y agradezcan de manera que perdure su singular alcance y trascendencia.

Yo propongo, como delicado homenaje de nuestra sensibilidad a la ciudad comprensiva y acogedora, que nuestro Municipio designe con el nombre de Sevilla a una plaza que deberá crearse expresando en su conjunto de belleza un pedazo del alma de Sevilla inspirado en azulejos y claveles, en la umbría del patio andaluz y en la soleada claridad de la Betis fecunda, y que la avenida principal que a ella conduzca se honre con el nombre de Carlos Reyles, pues por él estamos en el corazón de Sevilla y es el mínimo homenaje que merece el príncipe de nuestras letras.

Señor presidente del Concejo Departamental de Administración: En nombre del Comité Pro Concurrencia del Uruguay a la Exposición Ibero Americana de Sevilla, que me honro en presidir, os ruego que entreguéis al señor Carlos Reyles el diploma que el Ayuntamiento de Sevilla nos ha enviado y que contiene las letras auténticas que lo acreditan "hijo adoptivo de Sevilla".

## DISCURSO DEL SR. REYLES

"Señor:

Ruégole haga presente a su excelencia, el Alcalde de Sevilla, mi profundo reconocimiento, mi orgullo legítimo al recibir este generoso pergamino, que me consagra hijo adoptivo de la ciudad que tanto amo. No podía ofrecermé más alto galardón el pueblo sevillano a cuya ilimitada largueza respondo, aunque débilmente, con mi ilimitada gratitud.



Así lo declaré públicamente en Sevilla al oír las cálidas frases del alcalde don Nicolás Díaz Malero — siempre lo recordaré en la sevillana actitud de dar la mano estirada, mientras la viscera cordial iba derramando su rojo licor gota a gota — cuando me comunicó el honor que se me dispensaba, y así, con pareja emoción, vuelvo a hacerlo en este instante.

Todo mi mérito estriba en haber escuchado religiosamente lo que Sevilla me decía al oído. La voz cariciosa como el canto de la sirena, la voz bruja, rompía el hielo de la apariéncia frívola y me indicaba la realidad del segundo plano, bella virgen de carne viva y ardiente sangre. Y todo, como por arte de magia cambiaba de color y de línea y cobraba profundo sentido. Desaparecía el tópico superficial, el cromo baladí y aparecía el óleo goyesco. Desvanecíase lo nimio y anecdótico y surgía lo trascendente. Lo desmañado al parecer trocábase en estilo; lo adjetivo en parábola; la tragedia de la saeta, del "tablao" y del redondel en símbolos de una cultura tan significativa como las del arte grande: las costumbres en manifestaciones estilizadas de la sensibilidad de un pueblo. Oí las canciones de la Giralda púdica y salerosa como una maja y el "cante jondo" de la señera Torre del Oro. Las calles estrechas y sórdidas eran círculos mágicos; el Jerez, sol embotellado; los patios nostálgicos de no se sabía qué, patios sonámbulos; las arenas floridas, grandes espejos donde los españoles se veían como fueron, como quisieran ser. Comprendí el lenguaje de formas de Sevilla, dije lo que me dijo, pinté con los colores que me prestó, fué el instrumento de su soplo divino y por eso, sólo por eso, pude darle a los sevillanos nuevos motivos para amarla más, y a los extranjeros nuevas razones para comprenderla mejor.

Y ahí porque yo, apenas un eco de la Sibila, soy ahora hijo adoptivo de la que fué siempre mi musa y mi novia.

A usted, señor Presidente del Comité, mis efusivas gracias por sus amables palabras, que, sin duda, disto mucho de merecer. Por eso las agradezco doblemente.

Señores ministros: gracias por haber concurrido a este acto, dándome con ello, testimonio de cordial simpatía. Señoras: muchas gracias."

## DISCURSO DEL SR. BATLLE PACHECO

"Ilustre escritor:

Experimento satisfacción profunda, patriótica emoción, al cumplir como presidente del Concejo de Montevideo, lo dispuesto por la Municipalidad de Sevilla, que a este efecto nos otorga su honrosa representación, haciéndonos entrega de este documento.

En él, la legendaria ciudad, tan distante y tan cercana de la nuestra, patria y asilo de magníficos artistas, os proclama su hijo adoptivo.

Os reconoce como tal en ese bello libro que habéis escrito, "El Embrujo de Sevilla", en que vuestra mente superior se exalta dominada por la misma atracción, por la misma magia irresistible, con que ella ha seducido en el andar de los tiempos tantos altos espíritus que la han cantado en obras inmortales.

En las descripciones vigorosas de vuestro libro, intensas de dolor y de pasión, se muestra el carácter de un pueblo inteligente y fuerte, que conserva vivas sus tradiciones y que vence con su alegría el dolor del trabajo y del vivir; un pueblo de civilización milenaria, donde se han fundido los esfuerzos y las virtudes de diferentes razas y que nos ofrece como la esencia de esa civilización, el encanto supremo de su gracia, el sentido misterioso y profundo de sus cantos y el rito sagrado de sus danzas.

Pueblo que levantó templos a Hércules, Venus y Baco y que se conserva en nuestros días, pagano, aún en sus bulliciosas procesiones cristianas y bajo las tristes bóvedas góticas que la superstición elevó al miedo de vivir.

Pueblo que fabricó afiligranados alcazares, bordó jardines humedecidos por rumorosas fuentes en margen de azulejos; y en la pureza de su cielo azul recortó esbeltos y claros almenares.

Que conserva esa herencia de ensueño y realidad, en la que enciende su espíritu de artista la ardiente fantasía de aquellos árabes que hicieron de Sevilla deslumbrante fanal, escondido en las profundas tinieblas medioevales.

Pueblo que renovó las virtudes de Roma y de Fenicia en la conquista, cuando partían del anchuroso Betis, impulsadas por viento de audacia y de aventura las veleros naos, para arrancarle a los mares procelosos el secreto de fabulosos continentes.

En este pueblo que nos ofrece la armonía de su vieja civilización: la armo-



nía de sus violentos contrastes tal como sus negros cipreses destacándose en la radiante claridad solar o la de sus sombríos naranjos, cubriéndose con la nieve de sus perfumados azahares.

Es este pueblo que se inspira en un pasado glorioso para conquistar un porvenir digno de él, que se ha caracterizado siempre por su culto del arte y la belleza, el que os reclama como a uno de sus hijos.

Yo, en nombre de la ciudad y en el del Concejo, os felicito, agradeciéndoos el insigne honor que esta distinción significa para ella y nosotros."

•••

Pocos días después, en el paraninfo de la Universidad, ante un público selecto y compacto a la vez, se realizó el homenaje que nuestros intelectuales rindieron al gran escritor. Hicieron uso de la labra los señores Dr. Juan C. Mussio Fournier, Ministro de Instrucción Pública; Dr. Emilio Oribe, Dr. Carlos M. Prando, Sr. Pedro L. Ipuche, Sr. Gil Salguero, Sr. Carlos Sábat Ercasty. Presidió el acto el Sr. Presidente de la República, Dr. Gabriel Terra. Damos a continuación los discursos que hemos podido conseguir, de los citados. He aquí el del Sr. Ministro de Instrucción Pública:

"Mago de la belleza y señor del saber, aquí estáis en vuestra Casa, delante de vuestros deudores. Hasta este minuto nos habéis obsequiado sin cesar; era lógico y humano que nos brindáseis una pausa; el instante ya ha llegado. El artista ha suprimido el contacto con la cosa divina y está mansamente en nuestras manos. Finalmente deja de ser inaccesible; será ahora la presa de todo nuestro afecto. Lo más selecto de nuestro espíritu se ha concitado a sus pies. La gratitud se hinca humildemente en este rendimiento de cuentas, plena de admiración y ternura. La riqueza y variedad de nuestro estado afectivo se calca sin pliegue alguno sobre vuestra propia creación. La emoción grave del filósofo conserva aún la angustia que le imprimieron los precipicios y abismos de vuestra propia ideología. El estilista aporta la sorpresa en que lo deja vuestra impecabilidad de expresión. El poeta está ruborizado de que tanta poesía pueda concentrarse fuera del verso; el pintor empieza a dudar de su paleta y el músico de su instrumento.

Habéis angustiado, sorprendido, desconcertado; pero todo ello sin ruido, sin esfuerzo, sin intención; tan sólo al in-

flujo de una fuerza tan poderosa como serena que se llama: el genio. Desde el fondo de vuestra subconciencia ya venía maduro el milagro de la frase. Esta había captado con técnica imperceptible virtudes que son habitualmente extrañas. He aquí el secreto del estupor que ha sacudido a vuestros hermanos los filósofos, los poetas, los músicos y los pintores. Este estupor es el más grandioso de los homenajes de esta tarde, es el incienso de los técnicos.

Luego venimos los más, los que casi no juzgamos, sino que tan sólo buscamos caer hipnotizados en las redes del encantamiento. Esta legión es, señor Embrujo, la más antigua de vuestras compañías; la menos aristocrática, tal vez, pero no por ello sin duda la menos preciosa de las mismas; esta caravana es la de los humildes, pero fieles lectores. ¿Qué situación ocupan en vuestro afecto? No necesitáis responder; vuestra emoción debe de ser demasiado honda para someteros a tan ruda prueba. Ellos ya lo adivinan por otra parte, pues son casi la razón de vuestro ser, el eco de vuestra gloria. Gracias a ellos pululan en el mundo las Mamagelas, las Puras, los Pacos y tantos otros personajes inmortales. Ellos han transplantado los productos del ensueño a la realidad viviente. Han completado la obra, la han vivificado. Serán en todos los tiempos los instrumentos de vuestra eternidad.

La fiesta no está sin embargo integrada. Algo lejano, lleno de rumores extraños y visiones increíbles, nos dice que somos un punto en una vibración inmensa. Se percibe el panorama de hechos discordantes; figuras humanas alternan con personajes divinos: cosas terrenas se codean con cosas celestes. Milagroso hechizo ha mezclado realidades y quimeras, vuestras musas y vuestra fantasía.

Los mundos del Embrujo se han fusionado. Fraternal embriaguez los une en una feliz concupiscencia. El Guadalquivir parece más risueño que nunca; jamás ha sido tan excitante como hoy la cadencia de la sevillana. Paco clama por toros grandes como catedrales para inmolarnos en aras de su magia. Las saetas ya no son sollozos, sino místicas agonías; las gitanas culebrean danzas que deleitan a Mammón. Mamagela siempre incorruptible no puede componer sermones con los que tan sólo delira. Esto da la pauta de la calidad de la orgía. Las campanas de la Giralda anuncian a Andalucía esta fiesta de su hijo predilecto,

y con ojo celoso vela por la suerte del Embrujo, que es su suerte misma. El sabíá deleita con carlicosos trinos, mientras los ceibos floridos de orgullo ofrecen su púrpura al maestro de nuestros silvestres campos. He aquí el homenaje de la realidad inspiradora y de vuestras creaciones a vuestro propio genio. Finalmente los hombres de Estado traen aquí su voto de cálido agradecimiento.

Los países no se miden por la riqueza de sus minas, de sus carnes o de sus lanas. El tesoro de los mismos se define fundamentalmente por la calidad de sus hombres. Más vale un Platón que un yacimiento de oro. "La Raza de Caín", los "Diálogos Olímpicos" y el "Embrujo de Sevilla" son más valiosos que los tesoros materiales de nuestros campos.

Un creador nos ha enriquecido pródigamente, excesivamente, con sus millones espirituales. No ha dejado un minuto de engrandecer nuestro nombre. Acaudalado o empobrecido, permanece invariable. El oro estaba en él, y no en sus arcas. El cuadro y el afecto son siempre los mismos. Su genio, un lápiz y unas cuartillas; he ahí vuestra fortuna. Vivís vuestra vida en una lucha incesante con el factor bruto, el tiempo, sin tolerarle un instante de opacidad. Estáis en una perpetua audiencia con vos mismo. Ni el día ni la noche os pertenecen. Mientras vuestro pobre cuerpo dormita su fatiga, vuestro espíritu se puebla de suntuosas visiones que la vigilia traduce en páginas impecables. Sois un modelo de estoica esclavitud. Vivís encarcelado para la gloria. Bendita sea vuestra prisión. La raza os vigila con orgullo en esa celda luminosa. Vuestra sagrada misión ya está cumplida. Al abandonar vuestra torre podréis majestuosamente exclamar las palabras del poeta latino "J'ai vecu. J'ai fourni la course que le sort m'a tracée".

#### DISCURSO DEL SR. SÁBAT ERCASTY

Al meditar este homenaje que tributamos hoy a Carlos Reyles, nos esforzamos en contemplar a este maestro de arte y de vida, no en su etapa actual, para mí tan intensa y bella como las otras, no tampoco en ninguna etapa anterior, sino más bien en todas ellas, precipitándolas ante los ojos en veloz carrera por la agilidad de un tiempo solo espiritual. Abarcar una vida de tan realizadas creaciones, verla como hundiendo la vista en la plenitud de sus metamorfosis, ir como por adentro de esa corriente interior que la

impulsa, es un goce de humana hermosura, un deleite difícil y de arriesgado atrevimiento, una comprobación donde a veces sentimos que vacila nuestra experiencia, y nos pedimos la totalidad de los sondeados abismos para seguir la marcha triunfal de una vida que asombra y fortifica. Confesamos que esta manera de hacer correr en breves días los años de una existencia cargada de poderes magníficos, encendida por voluntad de su amo hasta la candencia de la pasión y del pensamiento, rica en actos de radiantes perfiles, hundida hasta el vértigo en el placer y la tragedia, varía por múltiples creaciones y batallas, es burlar, en cierto modo, la historia de un ser totalizado por querida y avasalladora disposición de su fuerza. Al contemplar así la vida de Reyles y al imprimir sobre su marcha este ardiente dinamismo, la vemos llenando de vencedores contornos su renovada estatua de vida, y hacemos sobre su bronce, siempre cuajado y siempre derretido, relampaguear el ímpetu del devenir, para darnos un goce mayor frente a este varón vital y estético. Mejor que el retrato que fija un instante, la eterna sucesión del crecimiento. Así proceden dramaturgo y novelista.

Por madura que sea la creación de un arquetipo nacido de la poesía, el artista, venciendo al espacio y al tiempo, lo ha hecho nacer y renacer millares de veces adentro de su vida, a fin de plasmar su arcilla de fuego y habituarse hasta el imperial dominio en el drama del hijo espiritual de sus entrañas. En Carlos Reyles quema de dificultad la mágica operación de ponerlo a nuestro lado una y otra vez, para que contribuya con su obra y su vida a vencer la fatal acomodación a la lentitud del tiempo. Siempre da mucho para el sondeo. Hombre grande, elevada jerarquía en el arte y en la meditación, renovados actos promovidos por hondos anhelos, la comprensión de su fórmula individual y el sentido de sus esencias personales, exigen un esfuerzo violento y largo para su captación y para replasmar su ser en una irreprochable figuración de poesía. Y es que Reyles ha sido ante todo un acumulador de experiencias. Se abrazó a la Tierra con garras de león y golpeó la realidad con pecho de toro. Su mano fina está fraguada en hierro y su mirada tiene el relámpago y el ave de Zeus. Desdeñó los ultramundo e hizo Dios al astro. Su hombría prefirió la realidad, en su feroz desnudez, a las fugas metafísicas, y su arte



consistió en acorralar la realidad firmísima que golpea los sentidos y exprimir la titánicamente hasta hacerle chorrear el licor dionisiaco de la embriaguez y el borbotón de sangre que en los adentros de la frente bate la forma del verbo, despierta los anhelos de la idea, o hace alestar el vuelo de los actos. Recto y múltiple como los rayos de la rueda, y en el contorno que cierra sus impulsos el círculo de la sabiduría. Recto asimismo como el destino de la flecha, pero curvo también, y de esfuerzo, en el arco salvaje de la voluntad. Pudo su vida ser el reposo fácil y la regustada lentitud. Mas prefirió golpear como luz las distancias y crear el golpe enérgico que exalta la conciencia del obstáculo. Buscó con fiebre la felicidad. Apenas si la soñaba ante el apuro de concretarla; de ahí que parezca más realista que soñador. Pero su vivir era y es una creación del poema tangible de los días, y en lo más íntimo de su ser, su culto de la fuerza y su exaltación del oro, tenían, sobre toda otra razón de existencia, la estética de la acción y del esfuerzo, el hundimiento jubiloso en el dinamismo que embriaga, y ese vértigo de cúpula con que el hombre hace estallar las semillas y acrecienta los sentidos y las virtudes de la realidad. Por eso fué feliz y triste, duro y trágico en las normas del arte, reactivo y acre al incubar la carne y el destino de sus héroes, varón en la excelencia y la potencia del estilo, rebelde por aguzamiento y furor de la individualidad; y junto a todas estas exaltaciones e intensidades de la vida, tuvo un señorío y una sobreluz de clásica disciplina, un batallar y un derrochar de Gran Capitán, virtudes de hidalgo y meditaciones de alto volar. Señor de grandes tierras y generoso guardián de firmes tesoros, no lo tentó la placidez y la rutina, no la regalada égloga, no el blando y arcádico disfrute. Prefirió hundirse desafiando los peligros hasta perder todo. Desde lo alto de sus tesoros, tremendo artista de su poema, descendió sin una vacilación, el gesto del estoico sin llantos fácilmente acuñado en el rostro del ardiente gozador. Lo recubre ahora una dignidad que emociona por el contenido del drama, y completa la magestad del gesto desafiante sus futuras y nuevas empresas en la hora en que la arteria comienza a endulzar el repetido golpe de la sangre. Y es que el gladiador está de pie todavía!

No pudo Reyless resignarse a la ligera

felicidad, que no horada la densidad de los grandes destinos. Contó para la dicha primaria con la riqueza de sus sentidos y las óptimas decisiones de una voluntad resuelta y una multiplicada sed. Mas por debajo de las sensaciones y los actos, aplicó la herramienta roedora del análisis, hundiéndose en las vidas melancólicas y deshechas con una fatalidad llameante, capaz de llagar el pecho y horrorizarnos con el tacto de cada esfinge humana. Agudizó sus experiencias en la tortura de las almas corroídas por dolores de afinación y sondeo anonadantes, y mientras pulverizaba las últimas miserias de esos derrumbamientos espirituales, plasmaba frente a ellos, acaso buscando un apoyo para no hundirse también, la arquitectura de los hombres de esfuerzo y de victoria, capaces de trabajar tierra y alma como arquitectos de templos. Seis décadas han apretado la firme condensación de su rostro, y en él quedó, junto con la fuerza, más que la tersa tranquilidad del patriarca, la acritud baudeleriana y el dantesco desdén. Allí, en torno de su boca y de sus ojos, rodeando las entradas de sus gozosos sentidos, las arrugas hundieron una escritura potente, como si el labio que dió la palabra y la pupila que sorbió la creación, se hubiesen sometido siempre a una tensión venida de adentro, por decretos de incendiada pasión, hasta convertir el acto de hablar y el acto de ver en ejercicio de dura disciplina y en ahondamientos temerarios de ahondamiento y desafío.

Los dos estilos, el de ser hombre y el de ser atleta, son en Reyless perfecta unidad, y uno y otro, maneras vigorosas del gran estilo. Su ideal es armonía con la verdad y las verdades concretas. Despelleja en la sal violenta de su burla, no al de altos y firmes propósitos, capaz de superiorizar las formas de la vida, sino al locuaz y al hipócrita, vacíos de sentido creador e incapaces del acto que construye. El mundo es un desafío para el hombre, y en él, la verdad que no quema, no puede ser la verdad. Reyless se lanzó a fondo en medio de las cosas ardientes, y con mano encendida, empuñó su destino, pues sólo con fuego se puede agarrar el fuego. Y es con ese mismo coraje que sigue sosteniendo la torre del hombre y aleccionándonos para el gran estilo de la vida, que no con mano de nieve ha de levantarse la bandera de llamas. Yo sé que sigue aún sin una so-



la quiebra de la voluntad, desenvolviendo la curva ondeante de su progresión, y con ella sintetiza en gracioso y alto movimiento, la línea de lo vivo. Su desarrollo es integral, pues como en el árbol, su marcha es una expansión simultánea de todo el ser. Su ritmo es de voluntad y de esfuerzo, continuo siempre en la necesidad de descargar la fuerza dominadora. Pero el elán dionisíaco de su obra está refrenado en su obra firme. Sale de sus más dolorosas creaciones como de un naufragio, con un sentido más hondo de la existencia y una fatalidad más potente de afirmar lo humano. El sumergimiento en su propia vida, aplicado a las otras, lo ha hecho descubrir lo sustantivo de cada ser, y los caracteres plasmados por su arte, son excepcionales por la hondura del dibujo y por esa trascendencia ideal que los convierte en arquetipos de la raza. Su expresión se ajusta con ondulada sensibilidad al fondo de sus creaciones, la palabra se enlaza por flexibles articulaciones de organismo, el verbo compacto que acumula la masa es estructurado por el ímpetu de la pasión, que da el movimiento de las líneas modentes y dúctiles. En los fuertes descarga todos los vigores de la humana voz, pero la palabra no deja por eso de enraizarse a la profundidad emotiva o ideal, logrando de tal modo no perderse en un dinamismo externo de falsas estridencias. Pinta con untuoso pincel, cargando el color hasta la médula, o diluye en un gris finísimo las más inclinadas gradaciones. Es así el artista completo, pero más fuerte y viril que delicado. Juzgado en la totalidad de su órbita, de nuevo pensamos en los estilos de la vida. También el hombre es una obra de arte, cualquiera la hechura y el destino de su alma, santo o filósofo, industrial o poeta. Y es al levantar la estructura de sus actos y sus obras en la sustancia maravillosa del tiempo, que puede aparecer ante los ojos de sus hermanos, como un gran arquitecto de la vida, y sobre todo, de su propia vida. Si el cuerpo recuerda la sacra verticalidad de la columna, el espíritu y las esencias radiantes del espíritu, no recuerdan menos que la amplitud y la majestad del templo. Contemplado el hombre en la madurez de los años, si fué su propio poeta, si siempre acrecentó la estatura de su realidad y ganó espacio en lo alto y en lo hondo; si el conjunto de sus sueños y sus verdades, tendió a superar y

superó a veces, lo que los otros hombres sólo hicieron con negligencia y torpeza; si se hundió totalmente en la maravilla de vivir y cavó cimientos en la sustancia misteriosa del ser universal, y sobre el cuerpo del Universo, a fuerza de intensidad y fuego, destacó el incendio de sus perfiles; y si en todo esto hubo armonía, tenacidad y belleza, diremos de él que llegó al gran estilo de la vida, y es en ese estilo, y no otro alguno, el que yo pude estudiar en la vida de Reyes!

#### DISCURSO DEL DR. EMILIO ORIBE

Señores: En esta ceremonia universitaria en la que participan inteligencias tan selectas, vengo yo a decir mi admiración también por la personalidad de Carlos Reyes. Hace ya algunos años que penetré en su obra, encontrándome inmediatamente con una construcción alta y sólida, amurallada por un estilo que me pareció, en el primer momento, difícil en grado sumo. Una impresión semejante a la que produce Gracián en el momento inicial. La lengua castellana adquiere en Reyes una contextura metálica, transformase en un laminado metal que contuviera sensibilidad de musculatura en tensión, con relámpagos de impulsos violentos, por donde se expresan las fuerzas vitales. Tal la corriente de un río visto desde la montaña, que semeja ser víbora o lámina de bronce o plata, pero eso le agregamos nosotros, proporciona también la idea de la movilidad incesante de lo vivo y lo fluyente.

El conocimiento de Reyes se hizo en nuestra generación, en gran parte, a través de Vaz Ferreira. El Reyes anterior, aquél de las "Academias" y de la "Raza de Caín", fué descubierto a raíz de la investigación ya citada. En 1915, Vaz Ferreira habló de "La Muerte del Cisne", colocándola frente al "Ariel" de Rodó y "El Viaje al Niágara" de Groussac. Desde entonces, ubicado Reyes entre dignos compañeros, nos dedicamos a conocerlo más íntimamente. Sorprende la fidelidad de Reyes, con sus principios estéticos, desde la iniciación hasta lo más reciente de su obra. Todo su pensamiento se ha expresado con seguridad y nobleza. No hay desfallecimiento ni improvisaciones, y comparada su obra en América con la de la generalidad de los escritores, ella se destaca con la limpidez ilustre del diamante, encerrando en su interior la ordenación de un sistema sin desfallecimientos. Tal la concepción genial y rec-

tilínea de un estratega frente a las improvisaciones de las montoneras. Inaugura en nuestro ambiente la sensibilidad moderna en la novela y en el discurso. Lo que Julio Herrera y Reissig representa en la poesía, Reyles es en la novela; pero con la diferencia de que la exquisitez y la rareza de los temas en Reyles se encuentran con mayor intensidad en las almas de los personajes y no en el estilo. Las figuras de "La Raza de Caín", son de esa estirpe. El análisis jamás se ha hecho con tal fineza y hondura en la literatura americana.

Todo el proceso creador de Reyles, se mantiene siempre en un plano elevadísimo; de ahí que su obra será duradera y no presente ventanas al olvido.

El homenaje de esta hora es la expresión de un número limitado de almas. Rígida y densa, la doctrina de Reyles, ha logrado mantenerse siempre en una actitud de vigilancia; es decir, que sus contactos con la mentalidad europea más selecta no se han interrumpido en más de treinta años. Conocedor profundo de los medios expresivos, dominador de las resistencias del idioma, no se ha entregado al goce exclusivo de estos tesoros, esclavizándose en un culto a lo clásico español, que es el mal de los estilistas que caen en la órbita de los autores de la época de oro y no logran escapar de allá jamás. Mas bien Reyles ha enriquecido siempre la añeja herencia española; sobre ella ha hecho florecer la exquisita flor latina, y más aún, la flor de hierro de la universalidad. En muchos momentos ha descendido al fondo de las almas, defendido por la mirada de Minerva o por el rayo de Apolo. Al fondo de las almas finiseculares de una complejidad inaudita, como la de los héroes de "La Raza de Caín" y también a lo más íntimo de los seres del humus popular, ya sea de nuestra América o de razas europeas definitivamente perfiladas, como las que retrata en "El Embrujo".

Obra inabarcable en todas sus proyecciones cuando se la intenta sintetizar, provoca las tentaciones del largo ensayo, y sostenida está por una personalidad moral, digna de tal creación. El trato con Reyles proporciona la confirmación de la legitimidad de sus pensamientos y de su estilo. Dignas esculturas, ambas se dan la mano, como dos poderosísimos y ligeros arcos de un puente de hierro, tirado en ágil curva sobre un

abismo, desde dos acantilados inaccesibles. Nadie, en estos tiempos, ha sabido, sosteniéndose sobre la tradicional riqueza, darle más universalidad a la lengua. Montalvo, impregnóse demasiado en los vinos clásicos. Rodó permaneció demasiado fiel a lo helénico. Reyles, tan antiguo y más moderno, hizo que el viejo metal se estremeciera con la vibración nietzscheana y el fervor dionisiaco.

Los impulsos creadores del instinto y de la fuerza y del oro, fueron cantados sin hipocresías ni temores en ese instante. Reyles, en tales momentos, prolonga el gesto de los pensadores heterodoxos del Renacimiento; un Erasmo, un Juan Luis Vives, le hubieran reconocido como un maestro entre ellos. Es difícil, además, que nadie, modernamente, haya sabido presentar a los Dioses con más fidelidad y grandiosidad que Reyles. La milenaria asamblea de los dioses, encarnaciones de ideas, que escuchan o intervienen en sus diálogos olímpicos, merece ser colocada, sin desmedro, al lado de las descripciones más perfectas de la antigüedad.

En lo descriptivo, ese puede ser el momento culminante de Reyles; me refiero a la iniciación y el término de los dos Diálogos Olímpicos que conocemos. Apolo y Dionisos han sido presentados con lenguaje y fervor dignos de la época en que reinaba sobre los felices helenos; por ello sólo Reyles recibiría el don de penetrar sin menoscabo en la celeste asamblea; pero además, por el resto de su obra, podrá permanecer entre el asentimiento de aquellos divinos cuerpos, sin ver menguada su influencia y sin ver palidecer jamás su figura de creador y de artista perfecto.

#### DISCURSO DEL SR. CARLOS REYLES

"Señor Presidente; señor Ministro;  
Señoras; señores:

Casí podría excusarme de declarar que este homenaje con que los intelectuales de mi país, algunos extranjeros y muchos amigos han querido darme un generoso testimonio de simpatía y estima, rebasa mis méritos intrínsecos de hombre, de ploner y de escritor. Si lo acepto, aunque ruborizándome, lo digo sin falsa modestia, es porque me complazco en creer, y eso displa en cierta medida mis escrúpulos, que va encaminado a premiar un tenaz esfuerzo más que rendirle conspícuo tributo de admiración a la calidad estética y humana



de una obra literaria, mejor dicho, de tensión vital, de un cuerpo a cuerpo con la resistencia bruta de las cosas en las letras y en el mundo. Acepté sin vacilar, en todos los terrenos, los diminutos combates que me ofrecía el Destino. Libré mis batallitas, insignificantes para los otros, enormes para mí. Si algo me enorgullece es el haber sido más tesorero que la mayoría en el amor de la verdad, las elegancias del espíritu, la belleza y el apasionado desdén, sobre todo dentro de mí mismo, de las mentirolas, la estulticia, la fealdad. He dicho en otra parte que la obra literaria, como la artística, como la filosófica, es la expresión de un temperamento. El mío me incitaba típicamente a pensar la vida y a vivir el conocimiento. Antojábaseme que una idea no vivida era una idea a medias, una verdad de museo, algo así como la mujer que no llega al pináculo de su destino sin la flor de la maternidad, y desde muy temprano me lancé a aquella descomunal aventura, barca en la que voy navegando río abajo todavía. ¿Qué saqué en limpio de tantas inquietudes y buceos, duros guijarros o alguna barroca perla también? — ¿Pero qué saca el niño cuando jugando derrocha energías? Intimo gozo y ya es mucho. Los hombres somos niños grandes y jugamos. Sólo que nuestros juegos son peligrosos y dramáticos. Trasuntan el problema que cada quisque se afana en resolver; la pugna durará toda la vida, entre los ímpetus, que satisfechos le asegurarían en alguna forma la dicha, y el caos que tiene delante terriblemente enigmático y hostil. Por lo general el problema razonablemente planteado se resuelve irracionalmente.

Cosa tremenda cuando se medita que a los pueblos, a las naciones, a las razas les acontece lo propio. Lo que importa es la calidad y la tenacidad del empeño, la actividad valerosa. Insistiendo se pone al fin la flecha en el blanco. Por eso, a pesar de todos los pesares, el hombre va dominando a la fatalidad y poniéndola a su servicio. He aquí la verdadera libertad. Apolo matando a la serpiente Pitón; el ángel partiendo con su lanza las entrañas del dragón, expresan simbólicamente aquel aserto. La pequeñísima razón humana vence en la tiránica e interminable lucha a la grande razón cósmica. El que nació desnudo, casi ciego y miserable en una lóbrega cueva, fabricóse alas y vuela mejor que las aves; nada mejor que los peces;

sube al cielo, desciende a los misteriosos abismos del mar, ve a inmensas distancias; capta todas las chispas divinas; hace del rayo sumiso mensajero; ata las fuerzas naturales que lo esclavizaban a su carro de guerra, y lo que es más portentoso, más estupendo, más fantástico; establece el reino de la libertad, la justicia y la dicha en el Imperio mismo de la esclavitud, la iniquidad y el dolor. Y todo lo debe a su actitud gladiatora, espartana, estoica, que lleva a bregar sin descanso bajo el ascua del sol y a beber sonriendo lo mismo el néctar delicioso que la copa de cicuta.

Siempre que pienso en tales cosas recuerdo una frase de Clemenceau, "El Tigre", repuesto de una intervención quirúrgica, se disponía a abandonar el sanatorio, administrado por religiosas, y hacía guardar en las maletas los libros que había leído durante lo convalecencia. La superiora, que a veces venía a darle paliqúe, le preguntó con cierta sorna:

—Monsieur Clemenceau, ¿est-ce que tant de livres vous ont donné le bonheur?

—Non, ma sœur, mais ils, m'ent appris a m'en paseer — respondió el grande hombre.

Guardando respetuosamente las distancias podría decir "aunque simple y pecador", algo semejante, y por eso empiezo a vivir la tragedia de la vejez y de los bienes perdidos sin sentirme apocado, ni desalentado, ni deprimido. Al contrario: como nunca puse la mira en lo contingente, sino en lo esencial, sé que se agarran más cosas con las manos del espíritu que con las manos del cuerpo, y que poseo la única riqueza que no se pierde: la que se lleva en sí y forma parte de uno mismo. Lo demás es mudable y volandero e inválido. Se pueden poseer millones y ser pobre diablo; ocupar altos puestos y no ser nada.

Por otra parte el escritor concienzudo hace cuanto puede en este mundo de inconsistentes sombras, que no otra cosa son nuestra verdad y nuestra realidad, espejismos parciales de un espejismo total. A veces envía aéreos y desesperados mensajes, requiriendo entre la variada multitud de los seres, el eco simpático, que no llega. Otras se desgarran el pecho y muestra las entrañas ensangrentadas, pero vivas, o se arroja al fondo del mar y sale luego a la superficie con los pulmones rotos, pero apretando en el puño la "aurora de rosados de-

dos". Tenga éxito o no, su intenso vivir será un experimento interesante y digno de atención y análisis. La existencia de aquel que mordió los opulentos frutos del árbol de la vida y del conocer, atesora seguramente alguna enseñanza. En ese sentido no me siento tan indigno del honor que me hacéis. De todas las cimas, sin cura de la dicha, la fortuna, la reputación o el deleznable y amadísimo pellejo, me arrojó el agua buscando no la vana gloria, más la realidad curiosa, la idea todavía amorfa, la belleza recóndita o simplemente el despliegue de las energías de que me sentía lleno. Tales ajetreos si no merecen la corona de rosas, ni los mármoles del Capitolio, merecen acaso respeto y estima porque fueron dictados por el deseo de superarme para ser útil a los otros.

—Pero noto que estoy hablando demasiado de mí. El yo es casi siempre

odioso. Sírname de excusa que el eterno diálogo entre el yo que vive y el yo que observa, en ocasiones como esta ha de exteriorizarse y convertirse en oración o discurso. Me rodea gran parte de la intelectualidad uruguaya; hombres de Estado eminentes, profesores, poetas, escritores, artistas, amigos dilectos... Algo me dice que debiera darle escape a los sentimientos que me embargan y volcar en tan propicio seno mi botín de caminante, aunque sea pobre; pero ¡ay! lo profundamente íntimo es casi intransferible por medio de las palabras que son máscaras, diríase especialmente fabricadas para disfrazar la intimidad, y pide un lenguaje más expresivo, sintético y rotundo: el suspiro, la lágrima, quizás el hondo silencio. De ahí que en este instante sólo acierte a decir: Compatriotas, hermanos, compañeros, gracias, muchas gracias."



# A C A R L O S R E Y L E S

La Fama empezó a caminar — niña aún — apoyada en la primera obra que usted dió a luz, y juntas se echaron a andar.

Y creció; creció siempre al diapasón progresivo de sus creaciones de gran novelista y pensador.

Y va, agrandándose, nutrida de sus esencias miríficas; y rebosa sus brazos con las arcas repletas que trajeron a usted sus veleros exploradores, y corre, y va con el asombro de sus hallazgos psicológicos; deslumbrada con el embanderamiento de la alegría; y lleva y ventea estremecida y fuerte, las punzadas y las hieles del dolor; y corre y corre vigorosa y segura, dando aldabonazos en todas las puertas de los dos continentes.

Fuerte es el poder de su actividad espiritual puesta en sus múltiples obras para poder llevarnos como sobre rieles a opuestas zonas del mundo y hasta fuera de él; fuerte, para poder transportarnos al Olimpo a presenciar las reñidas asambleas de los dioses; fuerte para llegar a meternos en las tintas regionales; para hundirnos en el corazón de nuestra tierra, darnos el color de nuestros pastos, la voz de nuestros gauchos y hacernos palpar la urdimbre de sus sentimientos de todas dimensiones y de tantas calidades; fuerte para aligerarnos sobre el océano y de un golpe dejarnos en plena Sevilla, hacernos sentir el pulso de una raza que usted hurgó en sus más entrados repliegues.

Lo que sólo fué visto por nuestra imaginación piloteada por su pintura vigorosa, pasará por nuestros ojos: Sevilla entera lo espera a usted para entregárselo como se entregó a los ojos embelesados de la Pura cuando la contemplaba desde la torre de la Giralda.

Lo espera Sevilla para que usted regale a la pantalla sus jardines de amores; para colmarla con el alarde de sus balcones en flor; para que nos traiga a América y pasee por todas las urbes su cielo

límpido apuntado con orgullo por el índice de la Giralda.

Como en batalla de flores, Sevilla le tira con sus claveles y sus geranios, con sus guitarras, su tablaó, sus soleares, su cante jondo, sus seguidiyas y sus jaleos; le tira con los mantones y los trajes de luces, con los bichos más bravos del rondel, y la bizarría del torero y la valentía de la raza.

Para que encarne la Pura, le ofrece entre sus mujeres, la de ojos más ganchosos y de más airados andares y de sentimientos más entrados, que tenga enjundia para bailar, querer, matar y llorar. Y el mozo más gallardo y de mirar valiente para su Paco. Y para el Pitoche, uno que sepa sacarse el corazón de la espesura de su fango y entregarlo a los corazones como una flor de pena en el cante desesperado y muriente de la saeta; y en alguna freiduría encontrará la mujer de pueblo con una jerga sabrosa que bien calce en la boca de la tía Curra.

¡Cómo vamos a gozar su "Embrujo" cuando se despliegue la película y desfilen en la pantalla todos nuestros conocidos: la Pura, Paco, Cuenca, Pastora, Rosario...!

Y cuando la procesión nos deslumbré y nos sobrecoja, y nos volteé el dolor de la Pura, y queramos libentar sus rodillas maceradas con nuestras manos prestas a levantarla del suelo, y cambiar su penitencia en perdón y caricia consoladora; cuando la onda dolorosa de la saeta nos muerda el corazón; y nos sintamos suspensas y medrosas ante el desfile de los nazarenos con sólo sus dos ojos libres de paños y capuchones, querremos salir de esa nube de congoja que nos oprime para poder tomar de alguna reja florecida un montón de claveles reventones, olerlos con fruición y lanzarlos al aire diciendo con admirativa alegría: ¡para el "Brujo" del "Embrujo de Sevilla".

M a r í a E l e n a M u ñ o z

## LAS OBRAS INÉDITAS DE CARLOS REYLES

En los ensayos, diálogos filosóficos, novelas, cuentos, glosas y otros escritos de Reyles, todavía inéditos, los rasgos esenciales de su pensamiento y de su estilo, aparecen con una dignidad más luminosa, con una claridad más irradiante que en sus obras ya publicadas. El espíritu de Reyles vive en continuo devenir, en una ardua aventura de comprobaciones conceptuales, en una búsqueda ardiente de soluciones concretas, en una inquietud enaltecedora. De ahí que mantenga su poder de creación; de ahí que dé confirmaciones irrecusables de su creciente capacidad fecundante. Sus afanes de revisión integral de la deontología, sus esparcimientos meditativos, su manera de ensanchar los horizontes de cada conocimiento firme, y de ordenar los datos de los problemas que estudia y plantea con tanta originalidad, son manifestaciones de su inagotable pujanza mental.

El espíritu de Reyles está siempre erguido y alerta como en un sitio de observaciones. Desde lo más alto sondea la lejanía del espacio, la realidad de la vida. Su antenada sensibilidad lo hace vibrar con todos los cambios que ofrece el desenvolvimiento de los hechos, tanto del mundo físico como del mundo moral. La acuidad de su inteligencia se aplica a investigar las causas de ciertos espejismos ontológicos y a desglosar los psíquicos simples de los complejos.

En el tercer tomo de "Los Diálogos Olímpicos", obra que está en su casi totalidad terminada y hasta perfilada, Reyles, más hondo y analista que antes, muestra otros matices de ese su idealis-

mo tan entrañablemente fundido a un realismo desaprensivo y dotado de no sé qué extraña grandeza. Aquí su dialéctica se torna más fina, su experiencia estética más completa, sus conclusiones más nobles, sus postulados más generosos y tocados con un pragmatismo de buena ley. Las ideas se funden unas con otras creando síntesis, apotegmas ágiles que gravitan en torno a un eje de pensamiento sólido y vertical. Todo sabiamente organizado, con un extraordinario orden interno que ajusta las abstracciones y aclara el sentido de la rica simbología mitológica. Pero al mismo tiempo, todo holgado y directo, con una fluidez que pone de relieve las imágenes rápidas que vuelan sobre esta prosa de una densidad difícil.

El relato autobiográfico "Cogito ergo sum" y las novelas tituladas "A batallas de amor campo de pluma" y "El gaucho florido", en los que Reyles trabaja actualmente, están plasmados con una honda experiencia humana. La última de estas obras rebosa de un punzante brío trágico. En ella, Reyles revela conocer cabalmente al gaucho y es una prueba de que, a pesar de sus viajes y ausencias, jamás se desvinculó espiritualmente de su tierra.

En los escritos inéditos de Reyles relampaguea el dinamismo, el espíritu de construcción, la vivacidad invasora, verdaderas categorías de nuestro tiempo. Estas obras que verán la luz dentro de breve tiempo, están animadas por una fuerza moza, una energía ética, un impulso pensante.

G e r v a s i o   G u i l l o t   M u ñ o z



## UNA CÁTEDRA DE CONFERENCIAS PARA CARLOS REYLES

Se halla en estos momentos a estudio de la Cámara de Representantes un proyecto de ley, aprobado por unanimidad por el Consejo Nacional de Administración y por el Senado, que crea para Carlos Reyles una Cátedra de Conferencias dependiente del Ministerio de Instrucción Pública.

A favor de su rápida sanción median altos intereses de cultura para el país, es decir, intereses impostergables, porque acaso ninguna necesidad reclame tan urgente atención por parte de los Poderes Públicos como la de alta cultura. Hemos venido construyendo apresuradamente, en una centuria de vida, un ensayo, hermoso bajo muchos aspectos, de vida democrática y de tutela social, que viene reclamando, como parte necesaria de sus desenvolvimientos, un cuidado especial por la educación popular. Se ha dado a ésta toda la satisfacción que se ha podido, y ella plantea, también, nuevas exigencias de ensanche y de superación, a las que la opinión nacional presta actualmente el calor de su comprensión y de su apoyo. Pero el carácter necesariamente extensivo y de utilidad inmediata de tal índole de educación, aún comprendiendo en ella a la propia enseñanza universitaria, ha hecho que hayamos descuidado peligrosamente el fomento de la especulación profunda y libre, que, emancipándose de la preocupación de intereses momentáneos, sea capaz de crear las raíces de un pensamiento, una voluntad y una sensibilidad colectivas que nos defina para el futuro, en la vida del espíritu, como una esencia nueva y un valor más ante la historia de las culturas.

Algunas realizaciones se han logrado ya, no obstante, en este aspecto de la política educacional, y sería injusto desconocerlo; desde luego, y la más alta de todas, la Cátedra de Conferencias de Carlos Vaz Ferreira; otras hay, en proyecto, que han sido planeadas con elevada visión orgánica y sistematizadora en el sentido de la investigación como en el de la difusión, y de las cuales mucho cabe esperar para el día, que confío no estará lejano, en que hayan alcanzado una

vida verdadera. Pero es menester, además, aprovechar todas las oportunidades que se ofrezcan al Estado para inyectar nuevas fuerzas de cultura noble e intensa al proceso de nuestra construcción espiritual. Y ninguna mejor que la de llevar a Carlos Reyles, por la ocasión que se nos brinda al tenerlo ahora entre nosotros, para que colabore, desde luego, sin dilaciones, que en esta materia son suicidas para los altos intereses de la República, en esa obra de redención de que, más que de otra cualquiera forma de mejoramiento, estamos necesitados.

Carlos Reyles es, en efecto, no sólo una de las glorias universalmente consagradas de las letras nacionales y americanas y del habla española. Es sobre todo una fuente poderosa y riquísima de energía anímica, cuya actuación en el medio operaría, creando formas de contagio superiores gracias a la inquietud de los gérmenes vivos de sus ideas y de su imaginación, las más altas formas de sugestión.

Poco es que se exalte su amenidad de narrador, la dinámica comunicante de su incesante elaboración interior. Es menester pensar en la orientación estética que impartirían desde la cátedra las potencias sabiamente cultivadas de su sensibilidad artística, tan honda y fuerte por lo íntimo de sus innatas propensiones de creador como experimentada en la contemplación y el análisis razonado de la obra ajena, con la que ha convivido años enteros en la lectura y en los viajes, en museos, en cenáculos y en talleres. Es menester pensar en la alta docencia para la conducta que significa el contacto con su espíritu de luchador, tónico fuerte de la voluntad, probado cien veces en el arrojo personal, en medio a lo más crudo y material de las faenas rurales, como en la ordenación previsora y generosa de planes agrarios, alguno de los cuales logró ensayar él mismo en la práctica de renovación científica y social para nuestra vida de campo. Y es indispensable recordar, sobre todo, su selecta y noble mentalidad de pensador. Su metafísica de oro, en "La Muerte del Cisne", la exaltación que se hace en ella del poder

de la riqueza y de la fuerza, han sido erróneamente interpretados como las normas de una deontología que no daría más que una concepción materialista del deber. Lejos de ello, sólo hay que ver en ellas un mero planteamiento de premisas, una verificación crudamente realista de hechos, antinómicos en sí mismos con el querer idealista del noble pensador, con la calidad levantada de su alma que, sinceramente, dió con ellos en su ansia de captar la verdad. Pero ya hay allí mismo un apuntamiento de las infinitas virtualidades de energía que se contienen en la voluntad de poder y de las cuales podrán surgir las más altas realizaciones del bien. Y la solución de justicia y de amor espiritual, alada y pura, llega en las claras voces que se levantan desde los "Diálogos Olímpicos", enfrentándose valientemente con la realidad de la lucha económica y de la dominación de unos hombres sobre otros, cuya comprobación cruel y despiadada había alcanzado Carlos Reyles sin arredrarse ante el temor de denunciarla. Lo conflictual

de los intereses desaparecerá, él nos lo afirma, haciendo llegar hasta todos la riqueza, utilizada como instrumento de la emancipación de todos en vez de serlo, como hasta ahora, de la opresión de algunos. Y siguiendo por tal camino, el reinado de Minerva y de Venus: la inteligencia y la belleza libertadas, levantándose sobre la armonía de todas las discordancias avenidas en una síntesis de amor.

En todo ello, la originalidad de Carlos Reyles nos obliga a reclamarlo para que nos ayude en la lucha por la alta cultura, tanto por lo que tiene de nuestro, como por lo que tiene de humano; el evocador del ambiente, del dolor, de las costumbres, de los tipos, de lo nativo, cuya expresión llevó a planos de trascendente intensidad en fuerza de lo preciso del trazo y de lo denso del pensamiento que lo interpreta, iguala al forjador de caracteres válidos y perdurables para todos los pueblos, y al develador sano, reconfortante y encendido de fe, de trágicas esfinges del destino de la especie.

E u g e n i o P e t i t M u ñ o z



# LIBROS RECIBIDOS

Jules Supervielle. "L'enfant de l'haute mer". — Ocho relatos magníficos de nuestro gran compatriota: "L'enfant de l'haute mer". "Le boeuf et l'âne de la Crèche", "L'Inconnue de la Seine", "Les boîteurs du ciel", "Rani", "Le Jeune fille à voix de violon", "Les suites d'une course". "La piste et la Mare". — Editions de la "Nouvelle Revue Française", París.

Félix Lizaso y José Antonio Fernández de Castro. "La poesía moderna en Cuba". — Antología crítica, publicada por la Casa Editorial Hernando, Madrid. — Figuran composiciones de las generaciones poéticas comprendidas entre 1882 y 1925, además de un acertado juicio de cada uno de los integrantes que son los siguientes: José Martí, Julián del Casal, Carlos Pío Utarbach, Juana Borrero, Enrique Hernández Miyares, Bonifacio Byrne, Emilio Bohadilla, Manuel Serafín Pichardo, José María Carbonell, Dulce María Borrero, Fernando y Francisco Lies, Francisco J. y Pichardo, René López, Max Henríquez Ureña, Emilia Bernal, Regino E. Bottl, Agustín Acosta, José Manuel Poveda, Miguel Galliano Cancio, Mariano Brull, Gustavo Sánchez, Galarraga, Felipe Pichardo Moya, Gheraldo Jiménez, María Luisa Milanés, Federico de Ibarzábal, Arturo Alfonso Roselló, Entre los nuevos figuran: José Z. Fallet, Ramón Rubiera, Eduardo Avilés Ramírez, María Villar Buceta, Enrique Serpa, Rubén María Villena, Rafael Estenger, Juan Marinello, Andrés Núñez, Olano, Dulce María Loynaz, Regino Pedrosa y Enrique Loynaz y Muñoz. Nos parece muy bien que Lizaso, a pesar de ser uno de los directores de la primera revista de vanguardia cubana, no se haya dejado llevar por impulsos de camaradería y haya cortado su antología en 1925. Los últimos cinco años, son en todas las literaturas confusos, indecisos, inasibles, salvo la aparición volcánica de un genio precoz, fenómeno que no se produce muy a menudo. La mayor parte de esos "de diez y ocho a veinte años" que acaban de publicar su primer folletito de versos y que se creen los inventores del arte literario, no reincidirán y muy pronto serán excelentes comerciantes, empleados o vagos que ni recordarán por muerte de un obispo que un día maltrataron desconsideradamente a las musas que ningún mal les hicieron.

José G. Antuña. "Figuras y crónicas de la paz. Editorial "Le livre libre", París. — Esta Edito-

rial está convertida en la más importante entre todas las impresoras de libros de autores sudamericanos que se editan en Europa. José G. Antuña, que desde hace mucho reside en París, ha figurado en estos últimos años como delegado del Uruguay a la Asamblea de la Sociedad de las Naciones, y en ese carácter ha podido realizar interesantísimos estudios de ambiente que colecciona ahora en un libro con el título del epígrafe. Dentro de su estructura liviana, casi periodística, tratase de un libro denso, lleno de ideas, en el que se presentan y discuten los problemas que mayor importancia tienen para la humanidad de hoy.

Jesuado. "El hermano Polichinela". — Obra premiada por el Ministerio de Instrucción Pública. Concurso literario de 1929. — Montevideo. Junio Aguirre. "En el país de los enanos". — Acto prólogo y dos jornadas de un episodio referido por Swift. — Montevideo.

Clemente Estable. "Contribución de la Universidad a la investigación científica". — Trabajo aprobado por aclamación y mandato publicar por el Congreso. por moción del señor Sebastián Morey, en la sesión plenaria del 18 de Marzo de 1931. — Secretaría General del Congreso Universitario de Montevideo.

Manuel Benavente (Profesor de Literatura del Liceo de Paysandú). — "Letras de España". — Estudios sobre la "Epístola Moral", "El lazarillo de Tormes" y "Gustavo Adolfo Bécquer". — Paysandú, 1931.

Juan Carlos Mauri. "Acorralados". — Bocetos dramáticos, que obtuvieron el primer premio en el concurso literario del "Ateneo Claridad". — Edición "Los Nuevos". — Claridad. — Buenos Aires.

Mediterránea. Homenaje a Armand Godoy. — París.

Armand Godoy. "Les letanies de la Vierge" — Edit. Albert Messeln. — París.

Armand Godoy. "Páginas escogidas". — Ediciones Excelsior. — París.

"Boletines de mar y tierra", por Jorge Cabrera Andrade, prólogo de Gabriela Mistral. Editorial Cervantes. Barcelona.

"La afición al cinematógrafo en el niño cubano". — Tesis de la Sta. Emilia Agullera. — Cultural S. A., Habana, Cuba.

# REVISTAS RECIBIDAS

- La Pluma.** — Director: Alvaro A. Araújo. — N.º 18. — Editor: Orsini Bertani. — Montevideo.
- Alfar.** — Director: Julio J. Casal. — N.º 69. — Montevideo.
- Repertorio Americano.** — Tomo XXII. — N.ºs 11 y 12. — Director: J. García Monje. — San José. — Costa Rica.
- Brújula.** — N.ºs 8 y 9. — Directores: Rodolfo del Plata y Víctor José Molnar. — Buenos Aires.
- Revista de Economía.** — Enero-Febrero de 1931. — Universidad de Puerto Rico.
- "La Nouvelle Revue Mondiale".** — N.º 2. — París.
- Nosotros.** — N.ºs 260, 261 y 262. — Buenos Aires. — Directores: Alfredo A. Bianchi, Roberto Giusti. — Buenos Aires.
- La Reforma Social.** — Tomo XLVIII. — N.º 4. — Director: Jacinto López. — Nueva York.
- Surco.** — Mensuario de revistas extranjeras. — Director: Fernando Ortíz. — La Habana. — Cuba.
- Catalunya.** — Revista de información y expansión catalana. — Marzo de 1931. — Buenos Aires.
- Revista de Oriente.** — Cuaderno de literatura cubana. — N.º 25. — Santiago de Cuba.
- Apra.** — Organó del partido "Aprista" peruano. — Segunda época. — N.ºs 1, 2, 3, 4 y 5. — Redactor: Serafín del Mar. — Lima. — Perú.
- Cuyo-Buenos Aires.** — Miraje intelectual sudamericano. — N.º 2. — Mendoza. — República Argentina. — Director: J. Parada Juanto. — Secretario: Rafael Mauleón Castillo.
- Índice.** — Mensuario de cultura. — San Juan — Puerto Rico. — N.ºs 22 y 23.
- Nervio.** — Ciencias-Artes-Letras. — Director: V. P. Ferreira. — N.ºs 1 y 2.
- Revista Bimestre Cubana.** — Volumen XXVII. — N.º 1. — La Habana. — Cuba.
- Contemporáneos.** — Revista mexicana de cultura. — Director: Bernardo Ortíz de Montellano. — México. — N.ºs 32 y 33.
- "Portucale".** — Volumen III.º. — N.º 18. — Porto. — Portugal.
- U. R. S. S.** — Boletín de informaciones sobre comercio, industria, agricultura, finanzas y vida cultural de la Unión Soviética. — Montevideo. — N.º 18.
- Revista de las Españas.** — N.ºs 50 a 52. — Publicación de la Unión Ibero-Americana. — Madrid.
- "Rieles".** — Organó del Centro Universitario "Dinancia". N.º 13. — Quito. — Ecuador.
- "Trabajo".** — Organó oficial del Consejo Superior de la Enseñanza Industrial. — N.º 39. — Montevideo.
- "Revista de Poesía".** — Director: José María Luelmo y Francisco Píno. — Nos. 1, 2 y 3. — Valladolid. — España.
- "Folha Academica".** — Año IV. — Nos. 1 a 12. Río de Janeiro. — Brasil.



## INDICADOR DE REVISTAS LITERARIAS

### ALFAR

Director: Julio J. Casal. — Redacción: Presidente Berro 2481, Montevideo.

### CARTEL

Dirección: Julio Sigüenza y Alfredo Mario Ferrero.  
San José 870 — Montevideo.

### LA PLUMA

Director: Alberto Zum Felde. — Roque Graceras 622. Montevideo.

### NOSOTROS

Directores: Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti — Lavalle 1430 Buenos Aires.

### SINTEISIS

Director: Martín S. Noel. — Patricios 1750. Buenos Aires.

### Movimento Brasileiro

Director: Renato Almeida. — R. D. Manuel 62. — Rio de Janeiro — Brasil.

### Folha Académica

Rua Lavradio 60—Rio de Janeiro—Brasil.

### Repertorio Americano

Director: J. García Monja. — Apartado 533 — San José — Costa Rica.

### AMAUTA

José Carlos Mariátegui. — Fundador. — Casilla 2107 — Lima—Perú.

1930

Directores: Francisco Ychaso, Félix Lizaso, Jorge Mañach, Juan Marinello, José Z. Tallet. — Apartado 2228. La Habana — Cuba.

### Revista de la Habana

Director: Gustavo Gutiérrez.—Olivero 89 (altos) — La Habana — Cuba.

### L' Amerique Latine

Organo en París de las naciones americanas. — 9 y 11 Rue Victor Emmanuel III — París — VIII.

### PORTUCALE

Directores: Augusto Martins, Claudio Basto, Pedro Vitorino. — Rua dos mártires da liberdade — Lisboa Portugal.

### Revista Bimestre Cubana

Director: Fernando Ortíz.—Calles L y 27 a. — Habana — Cuba.

### INDICE

Junta de Redacción: Antonio S. Pedreira, Vicente Géigel Polanco, Samuel R. Quiñones, A Collado Martell.—Apartado 222.—San Juan de Puerto Rico.

### Revue de l'Amérique Latine

Directeurs: Ernest Martinenche, Charles Lesca. — 11 Boulevard Peireire — París (17).

### PRESENÇA

Directores: Branquinho Da Fonseca, Joao Gaspar Simoes, José Regio. —Rua Ferreira Borges— Coimbra—Portugal.

### La Gaceta Literaria

Directores: E. Jiménez Caballero y Pedro Sainz Rodríguez. — Príncipe de Vergara 42 y 44 — Madrid — España.

### MERCURIO PERUANO

Director: Alberto Ureta. — Apartado 175. — Lima — Perú.

# P R O F E S I O N A L E S

<p style="text-align: center;"><b>HECTOR GERONA</b> Escribano Cerrito, 464                      Montevideo</p>	<p style="text-align: center;"><b>GUSTAVO R. AMORIN</b> Ingeniero Cerrito 685                      Montevideo</p>
<p style="text-align: center;"><b>MARIO ESTERAN CRESPI</b> Abogado Piedras 542, 1.er piso.      Montevideo</p>	<p style="text-align: center;"><b>ANTONIO M. GROMPONE</b> Abogado 25 de Mayo, 389              Montevideo</p>
<p style="text-align: center;"><b>JUAN DAQUO</b> Escribano Zabala, 1425                      Montevideo</p>	<p style="text-align: center;"><b>ALFREDO CARBONELL DEBALI</b> Abogado 18 de Julio, 914              Montevideo</p>
<p style="text-align: center;"><b>PABLO FONTAINA</b> Contador Misiones, 1430                  Montevideo</p>	<p style="text-align: center;"><b>ETCHEVARNE, CIURICH Y BOMIO</b> Arquitectos - Contratistas Teléfono: 1647, Cordón Mercedes, 1709                  Montevideo</p>
<p style="text-align: center;"><b>Alberto Demichelli y Sofia Alvarez Vignoli de Demichelli</b> Abogados Estudio Sarandí 363              Montevideo</p>	<p style="text-align: center;"><b>AGUSTIN MUSSO</b> Abogado Misiones, 1486                  Montevideo</p>
<p style="text-align: center;"><b>OMAR PAGANINI BOCAMORA</b> Agrimensor Teléf. La Uruguaya, 698 Aguada Lima, 1860                      Montevideo</p>	<p style="text-align: center;"><b>JORGE M. CHAPUIS</b> Agrimensor Sarandí, 669                      Montevideo</p>
<p style="text-align: center;"><b>LUIS GIORDANO</b> Abogado Cerrito 444                      Montevideo</p>	<p style="text-align: center;"><b>FELIPE LACUEVA CASTRO</b> Agrimensor Ellauro, 1257                      Montevideo</p>
<p style="text-align: center;"><b>DOMINGO ARENA</b> Abogado Rincón, 688                      Montevideo</p>	<p style="text-align: center;"><b>JOSE LUIS DURAN RUBIO</b> Abogado Misiones, 1379                  Montevideo</p>
<p style="text-align: center;"><b>ASDEUBAL DELGADO</b> Abogado Rincón, 688                      Montevideo</p>	<p style="text-align: center;"><b>ENRIQUE JOSE MOCHO</b> Abogado Sarandí, 444                      Montevideo</p>
<p style="text-align: center;"><b>ALFEO BRUM</b> Abogado Rincón, 688                      Montevideo</p>	<p style="text-align: center;"><b>JUAN QUAGLIOTTI</b> Médico Cirujano Misiones, 1319                  Montevideo</p>
<p style="text-align: center;"><b>LUIS MATTIAUDA</b> Escribano y Contador Misiones 1430                  Montevideo</p>	<p style="text-align: center;"><b>MANUEL BAUZON</b> Asuntos Judiciales Estudio:                          Domicilio: Misiones, 1486      Av. 8 de Octubre, 3300</p>
<p style="text-align: center;"><b>JOSE MARIA DELGADO</b> Médico del Hospital Pasteur Consultas: de 14 a 18 y 1/2, menos los jueves 8 de Octubre, 2683              Montevideo</p>	<p style="text-align: center;"><b>HELIO SIERRA</b> Dentista Municipio eq. 18 de Julio      Montevideo</p>
<p style="text-align: center;"><b>C. SALVAGNO CAMPOS</b> Abogado Estudio: De 3 a 5 25 de Agosto, 405              Montevideo</p>	<p style="text-align: center;"><b>JUAN ANTONIO SCASSO</b> Arquitecto Osballati, 2014                  Montevideo</p>
<p style="text-align: center;"><b>RAUL E. BAETHOEN</b> Abogado Estudio: Palacio Braceras Itasango, 1469                  Montevideo</p>	<p style="text-align: center;"><b>RICARDO E. AMILIVIA</b> Escribano Rincón, 436 Escrit. 21          Montevideo</p>
<p style="text-align: center;"><b>Eisenario Boix y Horacio Terra Arocena</b> Arquitectos Misiones 1474                  Montevideo</p>	<p style="text-align: center;"><b>FRANCISCO F. BOCCA</b> Médico Cirujano Comercio, 1979                  Montevideo</p>
<p style="text-align: center;"><b>AMERICO MOLA</b> Médico, especialista en enfermedades de niños. Mercedes 1236 — Teléf. 1447 Cordón</p>	<p style="text-align: center;"><b>Dr. FRANCISCO M. PUCCI</b> Cirujano Dentista J. Herrera y Obes 1379          Montevideo</p>



# Editorial

## “La Cruz del Sur”

**DON JUAN DERROTADO.** — Comedia en 3 actos. — CARLOS SALVAGNO CAMPOS.

**LA SALAMANDRA.** — Comedia en 3 actos. — CARLOS SALVAGNO CAMPOS. — (Premio Nacional de Teatro, 1926).

**EL ROSAL.** — (Cuentos). — LUIS GIORDANO.

**LEJOS** — (Versos). — MARÍA ELENA MUÑOZ.

**MISAINÉ SUR L'ESTUAIRE.** — (Versos). — GERVASIO GUILLOT MUÑOZ.

**LA GUITARRA DE LOS NEGROS.** — (Versos). — ILDEPONSO PEREDA VALDÉS.

**RAZA CIEGA.** — (Cuentos). — FRANCISCO ESPÍNOLA (hijo).

**LA “CRUZ DEL SUR”** — Crítica poemática — JUAN M. FILARTIGAS

**EL HOMBRE QUE SE COMIÓ UN AUTOBÚS.** — (Versos). — ALFREDO MARIO FERREIRO.

**ODAS VULGARES.** — (Versos). — ENRIQUE BUSTAMANTE Y BALLIVIÁN.

**CINQ POÈMES NÈGRES.** — (Versos). — ILDEPONSO PEREDA VALDÉS.

**EL HOMBRE QUE TUVO UNA IDEA.** — (Cuentos). — ALBERTO LASPLACES.

**INTERPRETACIONES ESQUEMÁTICAS SOBRE HISTORIA DE LA CONQUISTA Y LA COLONIZACIÓN ESPAÑOLA EN AMÉRICA.** — Por EUGENIO PETIT MUÑOZ.

**CONCRECIONES** — En el pensamiento, en la acción y en la literatura. — (Artículos) — CARLOS BENVENUTO.

**1 CUENTO DE GIORDANO Y 3 MADERAS DE CASTELLANOS BALPARDA.**

**REFRACCIONES** — MARÍA ELENA MUÑOZ

**LUCIANO Y LOS VIOLINES.** — L. GIORDANO.

---

PÍDALOS  
EN TODAS LAS LIBRERÍAS



EN PRENSA:

## LIBRO DEL CENTENARIO

*Historia Sintética de  
la Literatura Uruguaya*

Según el plan concebido por el Sr. **Carlos Reyles**

---

A P A R E C E R A   E N   B R E V E

ALFREDO VILA - TELEFONO LA COOPERATIVA 765